Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Frank Caudett

...Y la muerte se vistió de mujer

EDICIONES FORUM

Frank Caudett

...Y la muerte se vistió de mujer

EDICIONES FORUM

1.ª edición: febrero 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta,
S. A. Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Frank Caudett
© Cubierta: López Espí - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-059-7
Depósito Legal: B-2382-1985
Fotocomposición: Ungraf, S. A.
Pujadas, 77-79, 8.ª planta. 08005 Barcelona.
Impresión: T. G. Soler, S. A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, febrero 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

CAPÍTULO 1

1964: HISTORIA DE AMOR

Había llegado a París, al iniciarse el otoño del 64, con la obligación profesional de convencer a un puñado de empresarios franceses y hombres de negocios sobre las grandes posibilidades de futuro que tenía la informática y la ineludible necesidad de estar al minuto en aquel campo tecnológico, auténtica rampa de lanzamiento en el despegue hacia una nueva era, tan espectacular como novedosa, en el transcurso de la cual el que no estuviese debidamente preparado e integrado en su momento, ¡adiós muy buenas!

Tenía que dejarles los sesos más limpios que una patena hasta conseguir que repitieran conmigo que los programadores, los ordenadores, los codificadores, las calculadoras y los cerebros electrónicos, eran la panacea del porvenir. Que estaban obligados a actualizarse, ¡ya! Esto último, a poder ser, tenían que decirlo ellos solitos. Por sí mismos. Sin presión alguna. De *motu propio*.

Por esta razón, había llegado yo a París, como embajador plenipotenciario de la
«McFarland & Sullivan
Electronic Machines». Se me ocurrió incluso que podía patentar el siguiente *slogan* publicitario: «Querido señor, si ustedes hubiesen dispuesto de elementos de informática, Hitler no hubiera invadido Francia en el 39». Decidí olvidarlo al instante, convencido de que a los franceses no les haría puñetera gracia.

Me acompañaba en aquel viaje (del que yo podía sentirme como el héroe de una moderna Normandía, dispuesto a salvar a los galos de la debacle financiera) un muchachote jovial y robusto —tozudo

como una mula porque era descendiente de irlandeses tozudos como mulas—, apellidado
O'Hara
—«de los
O'Hara
de Tara, Atlanta», decía él; aunque sabía que yo sabía que él no había oído hablar de los
O'Hara
de Tara hasta que vio «Lo que el viento se llevó»; y sabía también, porque además de tozudo era muy «puta», que yo estaba platónicamente enamorado (o a lo peor no tan platónicamente) de Scarlett
O'Hara,
que es como decir que estaba enamorado de Vivien Leigh—, al que, en teoría, tenía que adiestrar en el arte de seducir a los componentes de la élite empresarial para que luego, por su cuenta y riesgo, asomase el morro por el mundo del comercio y la falacia lo suficientemente capacitado como para llevar al huerto a las almas cándidas, si es que tenía la «potra» de encontrar alguna.

Pero Steve estaba mucho más preparado y diestro de lo que yo le creía en aquellos menesteres ya que, apenas si habíamos puesto las pezuñas en Orly, cuando largó:

—Harrison…

—¿Sí, Steve?

—Enfocando la cuestión con inteligencia podemos pasarnos un par de meses de puta madre.

Explícito y gráfico sí lo era.

—A lo grande, he querido decir —intentó suavizarlo.

Mientras tomábamos café en uno de los bares del aeropuerto, miré a mi compañero con atención. Era un espabilado pelirrojo de buena planta y ojos azules, con pinta de haberse fugado de una viñeta de cómic; no porque hiciera reír, sino por su cara de niño travieso. Malo.

—No te entiendo. De veras, Steve —apunté. Y decía la verdad.

Me sonrió malicioso.

—Aquí estoy yo para explicártelo, ciudadano Moore.

Eché un sorbo de la aromática infusión a la garganta y, luego de paladearla, dije, burlón:

—Me tienes en ascuas. Adelante, Maquiavelo.

—El quince de noviembre tienes que «abrirte» vía Japón para efectuar durante seis meses un cursillo de prácticas y adiestramiento en el manejo de los nuevos ingenios que se les ha ocurrido inventar a los ojos estirados. ¿Sabes lo que significa eso, Harrison?

—Aprender —respondí escuetamente. Ampliando, en mi anterior línea irónica—: Y el saber, que yo sepa y como tú muy bien sabes, no ocupa lugar.

O'Hara

acabó de consumir su café.

—Muy ingenioso… Se te dan muy bien los juegos con la lengua.

—¡Si supieras…!

—¿Hablamos en serio? —Steve parecía molesto.

—Hablemos… —sugerí, cáustico.

—Los japoneses son unos tiranos. Pequeños, pero tiranos. ¿Sabes por qué? Porque apenas si pueden verte con esos ojitos tan pequeñajos que tienen, ojitos que parecen dos puñaladas en un tomate. Y claro, no se enteran de que tú estás ahí. Y te someten a su ritmo despiadado y tiránico. Casi despótico. Tienen unas máquinas, ¡fíjate hasta dónde llega su perversidad!, que andan fiscalizando el tiempo que te pasas en el mingitorio. Ya no queda un solo japonés que se masturbe en el lavabo de la empresa por miedo a que se enteren sus compañeros y sea el hazmerreír de aquel mes.

—¡Qué canallas! —Seguí burlándome. Para preguntarle—: ¿Puedo saber qué pretendes con toda esa filosofía absurda y vacua?

Steve puso cara de sorprendido. Una expresión que equivalía a: «¿Será posible que no te des cuenta de lo que trato de hacer por ti?». Dijo:

—Muchacho, te esperan seis meses de esclavitud. Pero el destino, que es piadoso y compasivo con sus hijos, te ha enviado a París en mi compañía para que puedas pasarlo en grande antes de meterte en el túnel del tiempo. O sea y para resumir: que estoy dispuesto a cargar con toda la responsabilidad laboral, mientras tú te llenas los pulmones con el aire de Francia, ¡oh, la la! *Cherchez la femme*!

—¿Qué tú vas a hacerte responsable de… qué?

—Ventas, muchacho, ventas… —Me sacudió un golpetazo en el

hombro—. ¡De las ventas! Nos reuniremos cada fin de semana para repasar los pedidos, firmarlos conjuntamente y redactar el informe correspondiente, ¡y a vivir!

CAPÍTULO 2

Yo, no por ser prudente, sabía menos que aquel pelirrojo lleno de desparpajo y jeta. Yo tenía muchos tiros disparados como para que ahora viniese un niñato a pintarme la cigüeña.

—¿Qué «rollo» tienes en París que tanto ansias verte libre de mí?

—¡Coño, que desconfiado eres! ¿Siempre tiene que haber algo detrás de una buena intención?

—En tu caso concreto… Sí.

Me enseñó las palmas de las manos envueltas hacia arriba como queriendo significar que se rendía.

—O. K. Tú ganas. Tengo familia en la capital de la luz. Una hermana de mi madre se vino de jovencita a hacer fortuna en la Galia y se casó con un «gabacho» de buena posición económica. Ambos, de común acuerdo, me fabricaron una preciosa primita de diecisiete primaveras a la que sólo tengo el gusto de conocer fotográficamente. ¿Ya sabes lo que dice el refrán, no?

—No.

—«Cuanto más primo, más me arrimo». Les escribí diciendo que venía…

—¿Para arrimarte a tu prima?

—¡Estoy hablando en serio, joder!

—Ah…

—Ellos no pueden consentir que su sobrino del alma de con los huesos en cualquier hotel, ¿comprendes?

—Más que comprender —le enseñé los dientes en lo que pretendía ser una sonrisa—, me hago cargo. Son buena gente y te quieren. ¿Qué más te duele, irlandés?

—Me duele ser el único beneficiado en todo esto —siguió con su proverbial cinismo y cara dura—, de ahí…

—Me emocionas, Steve.

—Por favor, Harrison —me miró con expresión interesante, de

persona cualificada que se dispone a decir algo trascendental. Y siguió—: Estoy dispuesto a sacrificarme para que los dos podamos sacar provecho de esta situación coyuntural.

—¡Fascinante! —Seguí codeándome.

Esta vez, el pelirrojo ni me pidió seriedad, ni por favor que le escuchase, limitándose a seguir con su rollo:

—Mi tío, el «franchute», está conectado con el mundo de los negocios y las finanzas. Me ayudará a vender muchas computadoras y cerebros electrónicos. ¿Te vas haciendo a la idea?

Sin calentarme excesivamente los cascos y tras dirigir una explícita mirada al «cara» de mi colega, sentencié:

—Siempre me ha seducido la idea de visitar esta ciudad como un turista cualquiera. Steve. De ahí que, en principio, acepte tu desinteresado ofrecimiento. París, dicen, bien vale una misa, ¿no? ¿Por qué no ha de valer también un pequeño arreglo entre amigos, eh? Dime, camarada, dime… ¿Qué más ha pensado tu privilegiada y magnánima mente para favorecer al bueno de Harrison Moore?

—Tuesday, mi tía se ha encargado de reservarte habitación en el «Au Bon Repos». Es un hostal de una estrella pero con las mismas comodidades que los de tres, en él…

—Ya.

—¡Palabra! Lo ha dicho mi tía. Y el ambiente es muy hogareño, muy familiar. Igual que los de tres estrellas pero al precio de los de una. Toda una ganga, ¿no te parece?

—¡Claro! Faltaría *plus*… ¿Qué más?

—Muy céntrico. Bueno, al menos eso dice Tuesday. Me lo dijo por teléfono. 32 de la *rue* Sainte-Anne. Situación en el plano de París que te proporcionaré, F4. Sin bromas ahora, ¿qué te parece la idea, Harrison?

—Bueno… —Me pellizqué la barbilla no para fingir meditar sino porque realmente le estaba dando la vuelta a la proposición del pelirrojo irlandés descendiente de tozudos irlandeses—. Si los inspectores de la

«McFarland & Sullivan

Electronic Machines» no llegan a descubrir el cambalache, la idea no está mal del todo.

—Es muy difícil que eso suceda, por no decir imposible. Poniéndonos en lo peor, siempre tendríamos a mano un montón de

argumentos para justificarnos. ¿Qué contestas?

Alguna vez en la vida, uno tenía que jugársela.

—457 de la Avenue Herbillon. Eso está al norte del Bois de Vincennes. Es la casa de mis tíos —metió la diestra en el bolsillo interior de la americana para ofrecerme una tarjeta de visita, añadiendo—: Ahí lo tienes escrito, con el teléfono, por si sucede algo que te obligue a localizarme rápidamente. ¿Alguna duda?

—¡No! —exclamé, como pillado en falta. E iniciando un tímido encogimiento de hombros, abrí un interrogante que casi me sonó absurdo—: ¿Cómo iba a tenerla? Creo que sólo me resta coger un taxi y pedirle que ponga proa al…

—«Au Bon Repos».

—Eso.

Me tendió la diestra, jovial y satisfecho, exclamando:

—¡Que usted lo «turistée» bien en París, míster Moore!

—El que tiene un amigo tiene una mina, pelirrojo —acepté los cinco dedos, estrechándolos.

CAPÍTULO 3

—Así que es usted americano, ¿eh?

—Del todo. ¿No le parece bien?

Ella me miró con sorpresa. Más todavía; como si yo acabara de pronunciar un sacrilegio.

—*Mon Dieu*! Me parece perfecto. Y, además, creo que usted se parece enormemente a un actor cinematográfico británico. ¿Se lo han dicho alguna vez,
m'sieu
Moore?

Me lo habían dicho, sí.

Las mujeres, naturalmente.

Me habían dicho, y perdóneme aquel que se crea que me estoy regodeando y regocijando con la cuestión y con la incógnita, que me parecía a Lawrence Olivier. Y no era pasión de madre, ni de mujeres enamoradas, ni tan siquiera de admiradoras. Era la simple y llana realidad.

Quizá por eso, por saberlo, por ser consciente de mi parecido físico con aquel monstruo de la escena y el celuloide inglés, estaba tan enamorado de su esposa, de Vivien Leigh. Porque yo me había enamorado de ella el día que la vi vestida de Scarlett
O'Hara,
igual que les sucediera a los hermanos Tarleton, a Carlos Hamilton y al capitán de los unionistas, Rhett Butler. Bueno, ellos, realmente, se enamoraron de Scarlett. Yo no, yo de Vivien.

Puede que por lo del parecido, sí. Aunque yo aventajaba en estatura a Lawrence Olivier. Pero tenía el rostro anguloso como él, los ojos negros, el cabello ondulado y la boca grande de labios sensuales.

—Sí —cabeceé afirmativo—. Me lo han dicho. ¿Usted también cree que me parezco?

—Mucho. Y me parece además,
m'sieu
Moore…

—Llámeme Harrison a secas, ¿eh? Usted es una mujer joven y muy bonita, por lo tanto…

—*Merci*, Harrison.

—No es un elogio, *mademoiselle*… ¿*mademoiselle* cómo?

Me dedicó una sonrisa de aquellas que ponían los pelos de punta, porque toda ella era una de esas mujeres que sólo con mirarla se te ponen los pelos de punta y… Era una hembra que te hacía pensar en el sexo aunque acabaras de contraer rigurosos votos de castidad.

—Dominique, también a secas. Apeada de todo tratamiento, ¿de acuerdo?

Le dije con un cabezazo que estaba de acuerdo en aquello y en todo lo que ella deseara que estuviésemos de acuerdo.

La miré con profundidad y con detenimiento y ella me dejó hacer.

El pelo rubio ceniza rodeaba el óvalo como una cascada de oro; la boca ancha y salvaje con los labios del color de la sangre, estaba pintada para besar… haciéndome que recordara ciertas habilidades eróticas de las francesas; y aquellos labios tan sugestivos, o que tanto me sugestionaban a mí, los tenía ahora ligeramente entreabiertos como si pretendiera decirme algo en silencio. Detrás de ellos existían unos pequeños dientes blancos que apenas se detectaban fugazmente. Su nariz me hubiera atrevido a definirla como clásica, con aletas que palpitaban bajo los altos pómulos por una razón que yo suponía intuir, y sus ojos, delineados al principio de aquélla, tenían una pincelada marrón.

No eran unos ojos deslumbrantes, y sin embargo… Los tenía muy separados, de un castaño claro casi vulgar, con motitas verdes en el borde de los iris. Eran cálidos, brillantes e inteligentes, y hablaban de una pasión que, sin poder evitarlo, me estremecía. Eran conmovedores y atrayentes, pero, de un modo sutil, daban la sensación de perseguir.

CAPÍTULO 4

—¿Le parezco bien, Harrison?

—Me parece una maravilla. Y perdone que no sepa ser más vehemente y apasionado. Ésas son cualidades que de verdad les envidio a los latinos.

—Lo ha hecho usted muy bien —me sonrió ligeramente burlona. Preguntando a continuación—: ¿Se va a quedar mucho tiempo entre nosotros?

—Unos dos meses…

—Perfecto. Tendremos tiempo de conocernos a fondo.

Ataqué:

—Podemos empezar a conocernos inmediatamente, Dominique. ¿A qué hora termina su turno?

—Puede no terminar en muchas horas o puede terminar ahora mismo —dijo con la mayor naturalidad.

Supongo que puse cara de tonto porque ella aclaró:

—Soy hija de *madame* Renard, la propietaria de «Au Bon Repos».

—¡Ah, pillina! Estabas jugando con ventaja, ¿eh?

—Sí, Harrison. Me encanta… jugar. ¿Y a ti?

Dominique pretendía llevar la batuta y la iniciativa en otra clase de juego, y eso, yo, aun no siendo latino, no podía consentírselo.

Dije pues:

—Podemos jugar todo lo que tú quieras esta misma noche. ¿En tu cama o en la mía?

Acabado de cerrar el interrogante me di cuenta de que estaba corriendo el riesgo de que ella, poniéndose digna de repente, como tenía por costumbre más de una luego de haberte puesto en órbita, me soltara un par de bofetadas. Añadiendo: «¿Qué se ha creído usted conmigo? ¿Me toma acaso por una cualquiera?».

Dominique no reaccionó así, no.

Saliendo de detrás del mostrador y mirándome con una amplia sonrisa en su boca excitante, murmuró:

—Te acompañaré a tu habitación. Sígueme.

Mis ojos quedaron hipnóticamente clavados en la curva palpitante y deliciosa de sus pechos, de tenue arqueado, que se mantenían como un erguido privilegio sin necesidad de ayudas sofisticadas. No eran exhaustivos, pero sí tenían un recorte lúbrico y una incitante aura sensual. Su cuerpo dúctil y armónico iba estrechándose hasta llegar a la cintura, diminuta y firme, dilatándose después a lo largo y ancho de unas caderas generosas y redondas.

Se estuvo quieta durante unos instantes como para permitirme que me recreara. Dejando que terminase de recorrer sus piernas largas, de suave curva en el tobillo. Exquisitamente femeninas.

Luego caminó hacia el ascensor y yo fui tras ella.

La habitación que me había asignado era la 46, en la cuarta planta del edificio.

—Más tarde vendré a… traerte toallas limpias —dijo, rozando de súbito sus labios por encima de los míos.

Me dejó solo, cerrando la puerta al salir.

No sé por qué razón me acordé al instante de los japoneses de que me hablase Steve. De aquellos tipos que tenían los ojos como puñaladas en un tomate y que ponían aparatos en los mingitorios para enterarse de no sé qué.

Y no es que estuviera pensando en hacer cosas feas solo, no. Pensaba en hacer cosas magníficas acompañado de Dominique.

El tozudo irlandés tenía razón: *Cherchez la femme*!

Allí no había lujo pero sí mucha limpieza. Una cama individual de poliéster cubierta por una colcha *beige* de la que sobresalía el blanquísimo embozo de la sábana. Un armario que hacía juego con el catre, un par de sillas, y un menudo escritorio, completaban el mobiliario.

Abrí la maleta para distribuir mis prendas por las estanterías del armario mientras iba pensando en la necesidad de ducharme. Para ciertas cosas tiene uno que estar limpito.

A las diez de la noche pensé, o empecé a pensar, que Dominique me había tomado el pelo.

Ni toallas, ¡ni nada!

Abrió la puerta sin llamar, de pronto, sobresaltándome.

—¡Hola! —exclamó, sonriente. Y aumentando la perversidad de su inquietante sonrisa, quiso saber—: ¿Impaciente?

No anduve con tapujos ni me hice el importante.

—Un poco, ¿por qué negarlo? Empezaba a temer que no vendrías.

—Lo que debe preocuparte —dijo, colocando las toallas en su sitio—, es si voy o no a quedarme.

Fui recto hacia Dominique sujetándola por los hombros sin que ella hiciese nada por evitarlo.

—¿Quieres divertirte conmigo, verdad? Reír un rato a costa del americano. Imagino que piensas como la mayoría de europeos, ¿no? Que somos niños grandes y tontos con muchos dólares en los bolsillos.

—¿Te pones siempre tan desagradable antes de hacer el amor?

Le brillaban los ojos. Le llameaban… Y aquel par de brasas incandescentes me estaban haciendo arder a mí mucho más que Juana de Arco en la pira.

Me fijé en los labios de sangrantes grietas que tanto me habían excitado abajo, inclinando la cabeza con lentitud para que ella tomase conciencia de que iba a besarla a fondo. Con todas las consecuencias.

—Impaciente…

Su voz se tornó en susurro lastimero, quebrado. En algo así como un desgarro, lleno de fuerza y pasión.

Devoré su boca, la mordisqueé, para luego engullir aquel par de labios cuyo contacto, cuyo sabor, cuyo efluvio, me enajenaba.

Mis besos furiosos se prodigaron por encima de su cuello cuando Dominique echó atrás la cabeza invitándome a que lo hiciera. Seguí besándola con rabia luego de que el primer botón de la blusa hubiera saltado del ojal.

Los labios me quemaron de veras al contacto con la piel que trazaba el berroqueño contorno de sus pechos, palpitantes acantilados de pasión en los que me perdí primero y fundí después, para hacer de mis suspiros y jadeos una prolongación de los suyos.

Al cabo de un rato, temblando casi, la tomé en brazos para llevarla hasta el lecho.

Steve
O’Hara,
de los
O’Hara
de Tara, según él, era algo más que un tozudo y pelirrojo irlandés.

Dominique pasó la noche conmigo.

¡Al diablo los pedidos de la
«McFarland & Sullivan
Electronic Machines», al diablo los japoneses y sus objetivos indiscretos… aleluya por París y sus *femmes*!

Y si aquello era el principio…

Dominique, a las cuatro de la madrugada, me dio el último beso.

—Duérmete, *chéri*… Dos meses tienen muchos días.

Desde luego.

Por eso le hice caso y me dormí.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente asomé al mundo, que dicho sea de paso ya no me parecía un absurdo valle de lágrimas, pasadas las once de la mañana.

Pensando en turista.

Pensando también, era obvio, en Dominique. Pero supuse que estaría durmiendo y supuse también que *madame* no vería con buenos ojos que preguntase por la habitación de su hija a hora tan temprana y como consecuencia de desear repetir las experiencias vívidas, o dormidas, la noche anterior. Porque el esqueleto me pedía más juerga.

Estaba obligado a comportarme como un ser civilizado y no como un obseso sexual. Los franceses y las francesas sobre todo, según me habían dicho, evolucionaban en torno al sexo con la mayor de las naturalidades. Les encantaba el placer y no huían incluso a la aberración, pero ordenadamente. No se dejaban esclavizar. Cuando juzgaban llegado el momento de… o necesitaban de… hacían de…

Pero basta. Nada de ser esclavos de…

A mí me encantaba ser esclavo de…

Procuré, tras aquellos rebuscados razonamientos, olvidarme de Dominique durante unas horas. Olvidarme de la noche que me había hecho pasar. Conseguí, no sin grandes esfuerzos y previo lavado de malas ideas, hurtarme a las ganas que me estaban entrando de ir por ella, metérmela en la cama y pasarme el día, no ya sin salir de la habitación, sino del lecho.

Estaba moralmente obligado, además, a rendir tributo a los sacrificios del tozudo irlandés, visitando las maravillas de aquella espléndida capital a la que Hitler ordenó prender fuego por los cuatro costados, de la que otro había dicho que bien valía una misa, y de la que, la mayoría, cantaban excelencias.

Plan turista pues y a la calle.

En recepción se encontraba ahora un tipo delgado y feo, con una joroba que habría despertado la envidia de un legítimo dromedario, el cual me miró de mala manera. De tan mala manera que tuve la sensación, el íntimo desasosiego, de que el fulano tenía nociones de lo que aquella noche había sucedido entre Dominique y yo.

De lo que yo había hecho con ella. De lo que Dominique había hecho conmigo. Sólo con pensar esto último, cincuenta grados centígrados en zigzag recorrieron mi espinazo.

¿Por qué tenía que saberlo aquel menda con cara de alpargata? Si lo sabía, o sólo lo suponía, peor para él.

—¿Usted es *monsieur* Moore, verdad?

—Sí… —Me detuve en el mostrador, frente al tío, de muy mala gana.

—¿Tiene inconveniente en dejarme su pasaporte?

—No —metí la diestra dentro de la chaqueta para sacar mi documento acreditativo, dejándolo encima del mostrador al tiempo que preguntaba, escueto, desabrido—: ¿Por qué?

Se explicó:

—*Mademoiselle* Dominique olvidó anoche rellenar la ficha policial.

—¡Ah! Bien.

Lo hizo él con una lentitud exasperante. Aposta, para fastidiarme.

—Tenga —me devolvió el pasaporte. Deletreando—: Y gracias.

CAPÍTULO 6

Plan turista habíamos quedado, ¿no?

Eché mano de la guía y los planos que Steve O'Hara me facilitase antes de separarnos en el vestíbulo del aeropuerto. Se llamaba «Guía ilustrada para visitar PARÍS y sus alrededores», que por gentileza de *Les Éditions «L'Indispensable*», venía redactada en inglés, aunque yo, todo hay que decirlo, le pegaba con bastante soltura a la jerga de Jean-Baptiste Poquelin. Moliere para los amigos en general.

En la segunda página de aquel librito quedaba aclarado que la guía contenía datos única y exclusivamente para visitar La Malmaison, Versailles y Vincennes.

¡Hombre, Vincennes! Por aquellos andurriales vivía Tuesday, la aventurera que de jovencita decidiera partir a la Galia en busca de fortuna y que se casó con un francés de buena posición para hacerle, de común acuerdo con éste, una preciosa primita al tozudo irlandés.

Y según el refrán…

Aunque Dominique y yo, que se supiera, no éramos primos. Ni nada. Pero nos habíamos hecho íntimos, eso sí.

Cogí un taxi, huyendo una vez más de los lúbricos devenires, pidiéndole que me llevase al Bois de Boulogne.

Una vez allí, me di una vueltecita por aquel inmenso jardín que al oeste de París trenzaba algo así como una guirnalda de frescura y que constituía la herencia reducida y modernizada del antiguo Bosque de Rouvrat. Aspiré con fuerza aquel aire casi sabroso con la noble idea de oxigenar los pulmones y de desintoxicar la mente de aquellas ideas oscuras que seguían asaltándola, poniéndole cerco con obstinada insistencia.

En aquel lugar, según versión original de las malas lenguas, que por lo visto las había en todos los credos y razas, a ciertas horas, no ya de la noche sino del atardecer, a *plein soleil* prácticamente, las parejas sexualmente civilizadas que no eran esclavas de, pero que consideraban llegada la hora de, buscaban rincones o se tendían, sin más, sobre la hierba, dedicándose a *baiser* [1].

Después del paseo por el verdoso laberinto de la Bois de Boulonge, dejé el fragante entorno de cómoda lujuria para algunos y, guía en ristre, pero amparado también en el hecho de anteriores estancias, aunque quizá fugaces, en la capital de la luz, tomé el metro en la Porte Maillot, cruzando París por debajo tierra de oeste a este para apearme en Château de Vincennes, muy cerquita de mi punto de destino, puesto que me proponía visitar el Castillo de Vincennes, testigo medieval, según rezaba el folleto, de todo un capítulo de la historia y magnífico conjunto de arquitectura militar que se remontaba al siglo XIV.

Rodeado por un foso y una muralla con nueve torreones, de los cuales sólo uno subsistía en la actualidad, el castillo había sido durante un largo período cárcel del Estado.

Entre los detenidos ilustres —eso se lo oí contar al guía de un grupo de turistas con cara de asustados, entre los que me había colado de rondón—, se contaban el cardenal de Retz, Fouquet, Diderot, Mirabeu y el duque de… no conseguí entender el nombre que, dicho sea de paso, sonaba además muy raro.

Pronto empezó a aburrirme todo aquel compendio de cultura y campé de nuevo por las mías, deambulando de un lado para otro sin más horizonte que la simple curiosidad.

La hora del ágape me dio por los aledaños de la *rue* L'Etoile, luego de que me hubiese hartado de dar vueltas en el metro con el apoyo y cobertura de algún que otro taxi.

A media tarde regresé al «Au Bon Repos» teniendo la suerte de que Dominique se encontrase de guardia.

—Hola, bonita.

—¿De dónde vienes?

—De hacer turismo.

—Y de embobarte con las francesas supongo, ¿no? —Dominique me sonreía con su habitual perversidad.

—Sabes que soy tu prisionero, *ma petite chérie*. ¿Lo he dicho bien?

—Lo haces mejor —no desaprovechaba ocasión para pasar al ataque.

—¿Sabes qué me apetece esta noche?

Palabra que formulé la pregunta sin intencionalidad, pero labios excitantes me miró con sus ojos llameantes mientras su pérfida mente le sacaba punta a mi oración.

Repuso:

—A mí también.

—¡Oh, no, mujer! Eso, luego. Antes desearía escuchar música tranquila. Boleros y esas cosas.

—De acuerdo, *yankee*. Te llevaré a un sitio que te encantará. Te pondrás de boleros y cosas de esas hasta el gorro.

—De acuerdo. Mientras terminas, subiré a mi habitación. Tengo que escribir unas cartas.

—¿A tu novia? —preguntó interesada, adelantando su busto firme hacia mí, en lo que supuse curiosidad femenina por un lado y ganas de solazarse, por otro, con la satisfacción de haberle puesto los cuernos a una mujer americana.

Existía esa novia, en efecto.

Muy lejos, allá en Los Ángeles.

—No tengo novia —mentí con aplomo.

Porque no me daba la gana de que Dominique se burlase, aun en la ignorancia de ella, de una buena chica llamada Wendy Jones.

Además, yo sabía que algún día acabaría casándome con Wendy. Pero le seguiría siendo platónicamente fiel a Scarlett… a Vivien Leigh.

Nunca engañaría a Wendy con Vivien. Pero sí había engañado a Vivien con Wendy.

Después de lo sucedido la noche anterior, tenía que reconocer la empanada mental que llevaba con relación a aquellas cuestiones.

En el fondo, yo era un tipo que vivía bastante de fantasías. De mis propias fantasías. Estaba seguro de que eso no debía ocurrirle a Lawrence Olivier.

—No me lo creo.

—¡Allá tú!

Me fui hacia el ascensor.

Para contarle a Wendy lo infeliz que me sentía estando lejos de ella.

¡Qué complicados somos los seres humanos!

Porque en el fondo, al escribirle aquello, no le contaba ninguna mentira.

CAPÍTULO 7

El nombre lo decía casi todo: «Soupirs du Caribe».

No era nada del otro jueves, nada del otro mundo.

«Suspiros del Caribe» era de este jueves, viernes para ser más exactos, y de este mundo. Normal y corriente.

Quizás a mí me parecía aún más normal y corriente por el hecho concreto de haber sido diseñado al estilo de mi tierra, hasta el extremo de reproducir con fidelidad cualquier *night-club* del Broadway neoyorkino, o de Santa Mónica, o Burbank City en Los Ángeles.

—¿Te gusta, *chéri*?

—No me vuelve loco —confesé abiertamente—. ¿Qué quieres que te diga?

—El espectáculo te gustará —me aseguró mi bellísima acompañante que se había metido, con esfuerzo imagino, dentro de una sola pieza color butano que apretaba y ceñía todas sus prodigalidades hasta el extremo de quitar el aliento. Añadiendo—: Hay aquí un elenco femenino que marea.

—Para marear, tú, cariño. Que estás como te da la gana. ¿Sabes una cosa?

Sonrió con aquella picardía tan suya e hizo un rictus con los labios que yo supe interpretar debidamente.

—¿Qué cosa?

—Me arrepiento de haber venido.

—Porque acaban de entrarte unas ganas inmensas de…

—De. Punto y coma, francesita. ¿Quieres que lo celebremos con champán?

—¿Qué celebramos?

El *maître* nos había acompañado a un coquetón velador situado en el ángulo más en penumbra de la sala, y, a la vez, más cercano a la pista de baile.

—Lo de anoche —dije al tiempo que me sentaba. Ampliando—: Y brindaremos porque sigan muchas noches iguales.

Dominique se ahuecó de tal forma, con tal rapidez y con tal elegancia, que tuve la sensación, fugaz sensación, de que sus pechos, díscolos y pétreos, habían quedado expuestos, magnificentes, por espacio de varios segundos, encima de la mesa.

Figuraciones mías, seguro.

—¿Champán? —inquirió con una sonrisa estereotipada el uniformado de la pajarita.

Interrogué a la bella rubia arqueando las cejas y dijo ella:

—Champán, sí.

Un par de minutos después, estábamos brindando. Cada uno en su estilo habitual.

—*Santé*!

—¡Por nosotros!

Paladeamos el néctar de la vida mirándonos a los ojos. Pensé en aquel momento que Dominique Renard era la clase de hembra fascinante a la que podría desear toda una vida sin llegar jamás a enamorarme. Al contrario de lo que me sucedía con Wendy, por la que sentía un amor casi reverencial y a la que raras veces recordaba haber deseado.

—¿En qué piensas, Harrison?

—En que dos meses a tu lado se me van a hacer cortísimos.

Dominique posó su mano suave encima de la mía.

—¿No te gustaría quedarte a vivir en Francia?

—No me lo he planteado —respondí. Y tras una breve pausa, amplié—: Creo, honradamente, que nunca acabaría de adaptarme totalmente a vuestras costumbres y sistema de vida. Me encanta vuestra forma de ser pero no me siento, no me veo, incorporado a ella. Dentro de ella. ¿Me entiendes, bonita?

Afirmó, ondeando, suave, su rubia melena.

—Creo que sí. ¿Me creerás si te digo una cosa, Harrison?

—¿Por qué no iba a creerte?

—Me costaría más decirlo, que enamorarme de ti.

—¡Eh, princesa! —exclamé, alzando la copa con una sonrisa. Una sonrisa de triunfo, supongo. De satisfacción. Porque uno era humano y se esponjaba lo mismo que un pavo real al escuchar semejante confesión en boca de una mujer como Dominique—.

Acabarás por hacer que me sienta realmente importante.

—Eres importante, Harrison. Para mí… eres muy importante.

Una luz de alarma brilló con fuerza en mi cerebro, iluminando, en estado de alerta, hasta el último de sus rincones.

Atención: aquello, podía complicarse.

—Sería absurdo —Dominique hizo uso de nuevo de la palabra, sin permitir que yo avanzase opinión alguna sobre aquel respecto— que te dijese que has sido el primero. Ni es la verdad ni tú te lo creerías. Pero sí es cierto que eres el primero con quien he ido a la cama por algo más que el simple placer sexual. Contigo, Harrison, he tenido otras sensaciones.

Mucha atención: aquello se estaba complicando.

Yo estaba seguro de no poder amar jamás a la francesita, así que…

De pronto, se hizo en «Soupirs du Caribe» un silencio tan tenso y tirante, que hasta dejé de pensar.

Un silencio en el que podían escucharse las respiraciones más o menos agitadas de los asistentes, tras los acordes finales del cuarteto musical que daba por concluido aquel tema suave, dulzón, que recordaba algún lugar de Sudamérica.

Un silencio que daba la sensación de ser sólido y tangible, de tener cuerpo y densidad.

La pista, hasta entonces iluminada, se quedó por completo a oscuras.

La mano de Dominique se apretó de nuevo sobre la mía transmitiéndome, amén de su tibieza, un mensaje que ella deseaba fervientemente que yo supiese interpretar.

Le dediqué una sonrisa que a nada me comprometía.

—¿Es ahora cuando asoma el elenco femenino que marea? —bromeé.

—Chiiiist… —Dominique puso el índice de la mano libre sobre sus labios rojos excitantes.

Centré mi atención en la pista siguiendo la ruta que sus ojos me trazaban. Unos focos tenues, multicolores, comenzaron a hacinarse contra un punto concreto del local. Un punto que dibujaba una hipotética luna en cuarto menguante, compuesta por brillantes escamosidades verdes, doradas, escarlatas, y que daba la sensación de mantenerse en el aire como por arte de birlibirloque.

—Todo un derroche de fantasía —comenté en tono muy quedo.

—Aún no ha empezado lo mejor —susurró mi bella acompañante.

En realidad, aquella luna simbólica estaba colgada del techo por medio de cuatro delgados e invisibles alambres, de especial resistencia, de una resistencia muy superior al esfuerzo que se les pedía.

Me sobresalté, sintiendo vergüenza por ello al momento… Porque desde varios ángulos del local, súbitamente, empezaron a sonar unos tambores y a agitarse unas maracas.

El sonido rítmico, cálido, electrizante, lleno de sensual febrilidad, fue alzándose paulatinamente, desde un tímido, lento, pausado, dom-dom-dom, hasta romper en lo que era un grito desgarrado.

Y aquella rabiosa trepidancia, aquel ritmo frenético y enloquecedor, de repente, se detuvo.

Aquel silencio, sin saber exactamente el porqué, me hizo presentir su llegada.

CAPÍTULO 8

Supe, con toda certeza, que ella estaba allí.

Una voz misteriosa, desconocida y callada, me lo estaba susurrando al oído.

ELLA…

Su llegada.

La llegada de ella.

Lo que no me anunció aquella voz extraña e inquietante que me hablaba en el silencio, era cómo iba a producirse su llegada.

Cayó…

Cayó, sí. Del cielo, de las nubes, de algún lugar…

Y otra voz, con resonancia ésta y para que la oyesen todos los asistentes, anunció a través de unos invisibles y discretos altavoces:

—*Monsieurs, dames*, la direction de «Soupirs du Caribe», *dans son désir toujours a ses clients le show le plus merveilleux du monde, a le plaisir de vous présenter la charmante et incomparable chansonniére*
d'offrir
… ARLETTE!

Salva de aplausos que te crió, a la que me consideré obligado a unirme.

Y en medio de aquella fragorosa bienvenida, del delirio de quienes por lo oído ya la conocían, llegó.

ELLA…

Arlette.

Cayó del cielo, sí.

La esplendorosa y fascinante Arlette Horgues cayó justamente encima y en mitad de aquella luna polícroma, brillante, de relucientes escamosidades. Y la luna bajó a su vez rápidamente para que la extraordinaria mujer pudiera posar sus plantas en el centro

de la pista.

—¿Qué? ¿Marea o no?

—Impresiona… al menos.

Dije la verdad porque me sentía honda, vivamente impresionado.

Mientras que la *premiére* estelar —estaba seguro de que ella sabía que yo estaba allí, convencido de que me había presentido como yo a ella—, iniciaba unos cimbreos paradisíacos, unas flexiones que evidenciaban la dúctil agilidad de su anatomía.

Vi, estremeciéndome, el ondular de sus rotundas caderas en el interior de aquel ceñido lamé de plata y cadenilla de oro. Observé, fascinado, la vibrante firmeza de sus pechos bajo el corpiño en forma de plumaje, recordando en algo las usanzas hawaianas o tahitianas.

Pude contemplar su piel blanca, excitante, a través de aquella franja al descubierto por espacio de unos cinco centímetros, que permitía el intento de atisbar, pero no de ver, alguna de sus intimidades.

Estaba muy cerca de nuestra mesa cuando Arlette se quedó quieta.

Muy quieta.

Mirándome fijamente.

Tanto, que Dominique comentó:

—Parece que le has causado más impacto tú a ella que ella a ti.

Se equivocaba y por eso no hice el menor comentario. Por eso, y porque estaba fascinado, mirándola.

Mirando su rostro de facciones delicadas, atractivas. Mezcla de aristocracia y tosquedad. Pero era el suyo, con todo, un semblante muy bello. Casi angelical… y diabólico a la vez. Al pensar esto último, me estremecí. Pero no pude zafarme a la impresión de que en aquella carita había algo que no era de aquí… que no era humano.

Tenía la barbilla puntiaguda y anchos pómulos. Sus ojos eran de un verde pálido, sin mezcla de castaño, sombreados por negras y rígidas pestañas, levemente curvadas en las puntas. Sobre ellos, unas negras y espesas cejas… ¿Era aquél el toque diabólico de sus facciones? Renuncié a encontrar la respuesta a un interrogante que debía desechar, inmediatamente, por absurdo. Sus cejas eran tan

preciosas como toda ella, sesgadas hacia arriba, cortando con tímida y oblicua línea el blanco magnolia de su cutis, aquel cutis tan celosamente apreciado por las meridionales y que cuidaban de exponer a los despiadados rayos del sol.

—Pienso que sí —comentó, como triste, Dominique—. Pienso que te ha causado impacto.

Ni la oí. O si la oí, no le hice el menor caso.

Arlette, por otra parte, había dejado de mirarme.

Porque un micrófono acababa de bajar desde el techo para detenerse frente a sus labios rojos, labios-labios, labios plenos de un mensaje sensual.

Para que su voz profunda y penetrante, grave, pastosa, empezara a modular la letra de un conocido y romántico tema francés.

Tuve la sensación de que Arlette, aquella noche, sólo cantaba para mí.

«*La vie en rose*».

Yo, mirándola, escuchándola, estaba como muy cerca de ella, como muy lejos de allí.

Era, aquélla, una sensación que no recordaba haber experimentado nunca.

«… quand il me prend dans se bras,
il me parle tout bas
je vois la vie en rose…»

Mientras, sus caderas mórbidas, cimbreñas, ondulaban suavemente al compás de la música tenue interpretada por la orquestina.

Tuve la sensación de que Dominique me miraba de reojo. Me miraba preocupadamente.

Para mí, ahora, no existía en el mundo más mujer que Arlette.

Ni Wendy, ni Dominique, ni ninguna otra que hubiera conocido.

—Si estorbo me marcho, ¿eh?

—No digas tonterías, princesa.

En el fondo no era mala idea, no. ¿Por qué no se largaba?

Me puse en pie de repente porque acababa de tomar, sin saber exactamente el porqué, o sabiéndolo a conciencia, una decisión.

Dominique abrió sus bellos ojos con explosividad de asombro.

—¿Qué sucede, Harrison?

—Tengo que telefonear a mi compañero Steve. Creo que ayer te hablé de él, ¿no?

—Sí, sí… —repuso nerviosamente—. ¿Tienes que telefonearle ahora precisamente?

—Debía haberlo hecho esta tarde pero lo he olvidado. Son cuestiones de trabajo que tienen cierta urgencia.

Encogiéndose de hombros musitó:

—Como quieras.

Me alejé hacia el vestíbulo en busca del teléfono.

Pude escuchar desde aquél la cerrada ovación con que la clientela de «Soupirs du Caribe» premiaba y despedía al paso de Arlette Horgues por la pista del local donde, sin duda, era la *premiére* estelar.

Hice como que telefoneaba regresando un par de minutos después junto a Dominique.

—Lo siento —anuncié, sin excesivo tacto. Sentenciando—: Han surgido problemas y tengo que dirigirme de inmediato al 457 de la Avenue Herbillon. Mi compañero Steve
O'Hara
lleva más de hora y media intentando localizarme.

La hermosa rubia parpadeó más que con asombro, con rabia.

Las mujeres poseen un especial instinto para detectar ciertas motivaciones masculinas. Son mucho más sutiles que nosotros y, en consecuencia, es difícil engañarlas.

A Dominique, lo que más la encorajinaba posiblemente, era que estuviese mintiéndole.

—Tu actitud desde hace unos minutos es extrañísima, *chéri*.

—Por favor, Dominique. Mi estancia en París no se debe a motivos turísticos, sino a circunstancias estrictamente profesionales.

Objetó:

—Pero Steve y tú habíais convenido…

—Sí, en el caso de que no se presentaran problemas. Pero éstos acaban de surgir —se notaba en exceso mi vehemente nerviosismo. Pregunté, para no darle opción a nuevos comentarios acerca de mi actitud—: ¿Quieres que te acompañe a casa?

Dominique se puso en pie hecha una furia.

—Sé ir sola.

No obstante, salimos juntos del local.

La rubia fue recta hacia la zona de *parking* destinada a los taxis, abrió la portezuela de uno de ellos y me dijo, cuando se inclinaba para introducirse en el asiento:

—Olvídate de mí, Harrison. Lo nuestro no ha pasado de ser un bello sueño.

Cerró la puerta dándole al taxista la dirección de «Au Bon Repos».

Cuando me cercioré de que el vehículo había desaparecido de mi campo visual… regresé al interior de «Soupirs du Caribe».

CAPÍTULO 9

El *maître* debió extrañarse al verme, repentinamente, solo.

—¿Le ha sucedido algo a la señorita que le acompañaba?

Me pilló por sorpresa.

—¡Oh, no, no! —exclamé, azarado. Con igual sensación que si me sintiera obligado a ofrecerle alguna excusa—. Trabaja de recepcionista en un hotel y se nos ha hecho aquí la hora de su turno.

—Entiendo —me sonrió. Para agregar, en tono de complicidad —: Si el señor no quiere aburrirse…

Alcé la diestra como pidiéndole que se detuviera. Eso le hizo meter un monosílabo entre interrogantes:

—¿Sí?

—Necesito hablar con *mademoiselle* Arlette —y antes de que recitara una estrofa completa acerca de la imposibilidad de lo que le pedía, mostré, arrugado entre los dedos de mi diestra un billete moneda americano cuidando muy bien de que viera el guarismo 100. Añadí—: Es urgente que la vea, amigo. Haga lo que pueda.

—*Oui*… —Tomó el billete con una sonrisa muy grande que casi le ocupaba toda la cara. Prometiendo—: Veré lo que se puede hacer. *Mademoiselle* Arlette no tiene por costumbre recibir admiradores, pero… Es usted americano, ¿verdad?

—¿Facilitará eso las cosas? —Vi un rictus de duda en el rostro del *maître*—. Sí, soy americano.

Se alejó rodeando las mesas para perderse seguidamente por detrás de la pista donde ella me había actuado.

Desde la que me había hechizado.

No acertaba aún a explicarme la razón de aquella sinrazón ni tenía respuesta lógica al por qué.

Sólo sabía que necesitaba fervientemente estar cerca de ella,

hablarle, confesarle que al verla actuar había tenido la certeza de que era la mujer que esperaba desde siempre.

Incluso, en algún momento, había tenido la sensación de conocerla de siempre.

CAPÍTULO 10

Así, enfrascado en mis meditaciones, me sorprendió el regreso del *maître*.

—Sígame, por favor.

—¿No ha puesto impedimentos? —pregunté, gratamente sorprendido, al tiempo que me alzaba de la mesa.

—Ninguno.

Me llevó hasta el camerino de Arlette Horgues, sobre cuya puertecilla descargó suavemente los nudillos.

—¡Adelante!

Luego de empujar la hoja, se hizo a un lado, presentando:

—El cabellera que deseaba verla, *mademoiselle*.

—Pase, por favor.

Entré, al mismo tiempo que el diligente *maître* se esfumaba.

—Le pido que perdone mi atrevimiento, señorita. Pero…

Se volvió hacia mí.

Envuelta en aquel diabólico *deshabillé* rojo. Tan diabólico, más diabólico que aquel toque que yo había creído descubrir en el conglomerado de sus bellas facciones. Aquel toque que no era de aquí, que no era humano.

Cristalino el *deshabillé*.

Diáfano.

Cortísimo.

Apenas cubriendo una pequeña parte de sus muslos prietos, blancos como la leche.

—Hoy ha sido la primera vez, desde que actúo en «Soupirs du Caribe», que me he fijado en alguien de la concurrencia. En usted… ¿Se ha dado cuenta, verdad?

—No estoy muy seguro —mentí a medias. Justificando—: Estaba tan impresionado por su belleza, que… Además, me ha sucedido

algo muy extraño, Arlette. He tenido la sensación, sólo con verla, de que usted era alguien que formaba parte de mí, alguien a quién yo hacía tiempo que esperaba. No sé cómo explicárselo. Y mucho me temo que lo interprete como una burda añagaza para acercarme a usted, pero es la verdad.

Se acercó, mirándome en profundidad con aquellos ojazos de suave verdor, ojos que me produjeron la inquietante sensación de introducirse hasta lo más oculto de mi mente para leer, sin obstáculo, todos y cada uno de mis pensamientos.

—Le creo…

—Harrison Moore.

—Le creo, por la sencilla razón de que yo he sentido algo igual. De ahí que en plena actuación me haya quedado quieta durante unos instantes para no hacer otra cosa que mirarle.

Tenía la sensación de que todo aquello era irreal. De que no estaba sucediendo.

Y eso mismo debía ocurrirle a ella, además de leerlo en la expresión de mi cara, o en el interior de mi mente gracias a la permeabilidad con que sus ojos actuaban sobre mí, porque dijo:

—Son esas cosas que suceden una vez en la vida, Harrison. Y que les cuesta aceptar a aquéllos a quienes les sucede.

—Me estoy preguntando si me he enamorado de ti, Arlette.

Extendió ambas manos hacia mí, pidiéndome las mías. Se las entregué.

—Es posible, Harrison. Una pasión repentina, algo con mucha fuerza contra lo que no se puede luchar. Algo que nos arrastra como una bravía corriente que excita el océano de nuestro corazón. Ven… —Tiró de mí, suavemente, hacia el interior del camerino—. Quiero que me hables de ti.

Me senté frente a ella, que acababa de dejarse ir encima del taburete que se hallaba delante del tocador y que me miraba con una intensidad tal, tan arrolladora, que empecé a dudar de todo excepto de los sentimientos tempestuosos que Arlette había engendrado en lo más profundo de mi ser.

Le hablé de mí, tal como me había pedido.

—¿Te das cuenta de una cosa, Harrison? ¿Del cúmulo de casualidades que se han producido para que llegases hasta mí? Un amigo y compañero con familiares en París que te prepara una

confortable estancia a cambio de disfrutar él otra mejor; la chica de un hostal que se enamora y que cuando le pides que te lleve a un lugar donde puedas escuchar música melódica se decide por «Soupirs du Caribe». Yo… Mil distintas sensaciones que se despiertan en ti. Tú… Una súbita percepción que hace que me olvide de todo para mirarte.

—Es extraño, Arlette. Muy extraño.

—No me llamo así, Harrison. Arlette Horgues es un seudónimo artístico con el que pretendo ocultarme de mi familia. Mi verdadero es Colette Lebrun.

—¿Por qué te ocultas? —pregunté con extrañeza.

—Soy de un pueblo cercano a París. Évreux, en la Alta Normandía. Mi padre es un pobre alcohólico cargado de prejuicios que se cree en la obligación de aplicar a los demás las estrictas normas morales a las que nunca ha atendido. Mi madre tenía que trabajar como una negra hasta que yo decidí convertirme en *vedette*. Desde niña, mucha gente me había venido diciendo que tenía buena voz. Juzgué, viendo a mi madre destrozarse, que era el momento de comprobar hasta qué punto mi voz era buena. Y ya lo ves. Pero mi padre me molería a palos si supiera lo que en realidad estoy haciendo.

—¿Qué supone él que haces en París?

—Labores domésticas. De todas formas, cuando termine mi contrato con el gerente de «Soupirs du Caribe», dejo todo esto. He ahorrado lo suficiente como para poder montar una tiendecita en Évreux que nos permita vivir, con limitaciones, pero sin estrecheces. No puedo prolongar el engaño por más tiempo, puesto que sé que acabaría descubriéndose. Eso podría ser la definitiva destrucción de mi madre. Y nunca me lo perdonaría.

—Colette, ¿cómo se le dice a una chica a la que se acaba de conocer y de la que se supone estar locamente enamorado…?

—Se le dice —me sonrió embriagadora— que se la quiere seguir viendo. Y como ella desea verle a él, no hay obstáculos. Se encuentran a la mañana siguiente, recorren París, intentan ser muy felices, conocerse, averiguar hasta qué punto es real esa extraña sensación que han sentido al encontrarse, saber si es cierto que se presentían, que sus destinos son tan parejos que son uno mismo… Tienen que cerciorarse de todas esas cosas para luego poder decidir

con respecto a su futuro.

—El quince de noviembre tengo que partir hacia Japón… —Nervioso, excitado de una forma que me preocupaba seriamente, pero incapaz de dominar mi vehemencia, le expliqué la razón de aquel viaje. Añadiendo no obstante—: Pero estoy dispuesto a dejarlo todo con tal de poder estar a tu lado, Colette.

Me miró ahora con una ternura que me hizo estremecer de pies a cabeza.

—No debes renunciar a nada de aquello por lo que hayas venido luchando hasta hoy —dijo, con una sensatez y aplomo, que impresionaban—: ¿Piensas de veras que luego te sentirías mejor? No… Tú tienes que obrar conforme a lo previsto. Pienso, precisamente, que a tu vuelta del Japón es cuando tendrás suficientes elementos de juicio para decidir qué hacemos con nuestras vidas. Yo, en principio, y aun reconociendo que siento por ti algo tan fuerte como extraño, pienso que tengo la obligación moral de no abandonar a mi madre. Y en función de parecidas reglas morales sé que no me asiste ningún derecho a pedirte que olvides tu anterior condición de vida para enclaustrarte en un pueblo. Eres hombre de espacios abiertos, acostumbrado a vivir en grandes capitales.

—A partir de este momento —dije con firme convicción—, estoy completamente seguro de que donde estés tú, estará mi vida. Mi felicidad. Contigo no añoraré jamás los espacios abiertos ni las grandes capitales, Colette.

—Cuando regreses de Japón nos plantearemos esas cuestiones, ¿de acuerdo?

—Desde hace unos minutos no soy el mismo. Todo ha cambiado. No necesito plantearme nada porque sé lo que quiero y para siempre.

Colette vino a mí, espontáneamente, para depositar sus labios de fuego sobre los míos. Fue una caricia fugaz, suave, que estaba seguro no podría olvidar nunca.

—¿Y si te dijera que yo sí…? Que necesito pensar en lo que me acaba de suceder desde que te he visto.

—Está bien —admití con cierta tristeza que no supe ocultarle. Aceptando—: Será como tú quieres. ¿Mañana has dicho?

—Espérame en un típico cafetín que hay en el 317 de la *rue* de

Suresnes, ¿de acuerdo?

—¿Tengo que separarme de ti? ¿Ahora?…

—Te lo ruego, Harrison. Han sido demasiadas emociones para tan poco espacio de tiempo. Trata de comprender.

—Sí, entiendo —me puse en pie con una pincelada de abatimiento en el rostro, al tiempo que puntualizaba—: O trato de entender.

Su boca se pegó a la mía, con fuerza ahora, y juro que sentí la sensación más maravillosa que jamás había experimentado. Los labios de Colette me trasladaron a un paraíso desconocido haciéndome saber, en aquel mismo instante, que mi voluntad era suya, que todo yo era de ella, que jamás conseguiría escapar al extraño, inquietante hechizo, que ejercía sobre mí.

Al separarnos lentamente, creí captar en sus ojos aquella chispa irreal que me la hacía parecer como algo que no era de aquí.

Sus ojos, ahora, me parecieron fríos. Muy fríos.

Tan fríos… como solo podía ser la muerte.

Pero aquel giro casi morboso que en lugar de apartarme me acercaba aún más a Colette, desapareció cuando escuché pronunciar a su voz cálida:

—Hasta mañana, *chéri*. ¿A las diez?

—A las diez.

Volví a besarla, sintiendo que ahora era yo quien imponía mi ley en aquel mimo apasionado.

Al distanciar mi cabeza de su rostro me tropecé de nuevo con el breve mensaje de hielo que chispeaba en lo más profundo de sus verdosas pupilas.

Dominando un escalofrío y comenzando a retroceder hacia la puerta sin dejar de mirarla, musité:

—Hasta mañana, amor.

—Sé que te quiero, Harrison. Que seré capaz de quererte mucho más. Por encima de la muerte incluso.

MUERTE…

Aquel vocablo puesto en sus labios cobró una extraña, incomprensible entonación.

Pensé que estaba excesivamente subyugado, obsesionado quizá, por las fuertes emociones vividas en tan corto espacio de tiempo.

Ya en la calle tomé un taxi pidiéndole al chófer que me llevase

a…

—¿Conoce un buen hotel que esté bien de precio, amigo?

—*Voilá*! —exclamó con una sonrisa casi triunfal en los labios—. ¿Cree que me dedicaría a esto si no fuera capaz de llevar a los turistas a buenos hoteles y baratos?

—Parece razonable, sí.

—En el «Hotel de
L'Avenir»
estará usted como en su propia casa.

—¿Queda muy lejos de aquí?

Ya había puesto en movimiento su vehículo un tanto desvencijado.

—Bueno… —Se rascó la nuca echando la gorrita hacia la frente —. En el 373 de la *rue* de Vaugirard.

Como si me hubiera dicho «lucía». Pero yo dije, aceptando:

—Está bien.

— *tres merveilleux. Joli, joli*
C'est
… ¿Bonito, entiende?

—Hablo francés, amigo. ¿No lo ha notado? Y mi francés, sin que se enfade, es bastante mejor que su inglés, ¿eh?

—*Oui, oui*…

El hotel era mucho mejor que el otro donde yo no deseaba volver por razones obvias.

No quería volver a tropezarme con Dominique.

—Por la mañana, señor, enviaremos un mozo a recoger su equipaje en el «Au Bon Repos».

—Gracias.

Un botones me acompañó a la habitación 119.

Mucho mejor que la otra, también.

Y la cama, más grande.

Pero me costó mucho conciliar el sueño porque todo y en la oscuridad, el rostro de Colette Lebrun danzaba, sonriente, frente a mis ojos enrojecidos. Y vi en los suyos aquella llamita procedente de otra dimensión.

Roja como el fuego y fría al mismo tiempo.

Igual que la muerte.

IGUAL…

«Sé que te quiero, Harrison. Que seré capaz de quererte mucho más. Por encima de la muerte incluso».

Soñé, en medio de un extraño y tormentoso éxtasis, que hacía el amor con Colette muchas veces.

A pesar de que ella pronunciaba frases excitantes llenas de pasión, su cuerpo estaba frío; muy frío.

Terriblemente frío.

CAPÍTULO 11

Los que siguieron al inesperado y sorprendente encuentro, a aquel hecho hasta cierto punto desconcertante que parecía previsto por el destino con gran antelación, fueron días extraordinarios.

Los mejores, sin duda, que yo había vivido hasta entonces.

Juntos siempre, Colette y yo; yo y Colette. Algo… ¡sensacionalmente maravilloso!

Haciendo ella de *cicerone*, visitamos los rincones más importantes y destacados de la ciudad. El Louvre, L'Arc de Triomphe, Versailles, Nótre-Dame, la Saint Chapelle, y un largo etcétera.

Pero yo, realmente, mucho más que las maravillas arquitectónicas del París deslumbrante, admiraba la belleza sensacional, llena de misteriosa inquietud que, cual extraño aura, envolvía la persona de Colette Lebrun dotándola, incluso, de un penetrante y embriagador perfume procedente de su misma piel.

Desearla, pasados los primeros días, se convirtió para mí en una obsesión.

Se lo dije:

—Colette, necesito sentirme dentro de ti y saber que tú estás en mí. No hay suciedad, no se trata de baja pasión, sino de un deseo puro y ferviente que me inspira el profundo amor que siento por ti. Es… ¿cómo te lo diría sin que te sintieses ofendida? Es una necesidad primitiva, sí, pero al mismo tiempo es también…

—Cuando regreses de Japón, Harrison —repuso ella sin dejarme terminar, besándome con suavidad en los labios. Y añadió—: Para entonces, ya estaré muy segura de todo.

Al producirse mi tercer encuentro con Steve para extender pedidos y firmarlos conjuntamente, así como para redactar el informe de octubre —es justo mencionar sobre la marcha que el

capítulo comercial iba viento en popa y que el
O’Hara,
«de los
O’Hara
de Tara, Atlanta», bajo la tutela de su tío político era de suponer, lo estaba haciendo más que bien; lo estaba haciendo superior. De tal manera, que aun descubriendo el cambalache los inspectores de la
«McFarland & Sullivan
Electronic Machines», nos hubiesen animado ellos mismos a seguir por aquel sendero—, le expuse mis inquietudes.

Seguramente, porque necesitaba hablar de aquello con alguien.

Le hablé del agobiante nerviosismo que me rodeaba desde hacía algo más de dos semanas.

—Tiene que tratarse de una mujer excepcional para haber obrado en ti esta metamorfosis.

—Lo es, Steve —aseguré—. Y es, además, una mezcla contradictoria de sensaciones la que hierve dentro de mí desde que estoy a su lado. La amo, la deseo… y al mismo tiempo me inspira un profundo respeto. Miedo me atrevería a decir.

Steve
O’Hara
abrió mucho los ojos.

—¿Miedo? ¿Una mujer?

—Verás… a veces tengo la sensación de que la muerte está dentro de Colette.

—¡Harrison! ¿Te has vuelto loco?

Cambié de actitud radicalmente.

—Puede que sí —hube de admitir—. Olvídalo.

—¿Irás o no a Japón?

—Colette quiere que vaya.

—Me parece lo más juicioso.

Y aquel día, calificado por Steve
O’Hara
de muy juicioso, llegó.

Los de ojos como puñaladas en un tomate y sus cerebros electrónicos, me reclamaban.

Partir, ahora, se convirtió en mi mayor tristeza.

En la tristeza más grande a que jamás me hubiera enfrentado.

—Seis meses pasan pronto, mi amor —susurró Colette.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para que las lágrimas no evidenciasen mi verdadero estado de ánimo.

—En este momento se me antojan algo parecido a una eternidad.

—Tú eres romántico, yo soy romántica… ¿Sabes qué se me está ocurriendo, Harrison?

La miré, sintiendo que un nudo asfixiante se espesaba en el interior de mi garganta.

—No…

—Que protagonicemos un romántico reencuentro. Estamos a catorce de noviembre… —contó con los dedos, graciosamente, los seis meses—. El 1 de junio de 1965, a las doce de la noche, en la Plaza de la República de Évreux. Es una plaza recoleta con unos bancos romantiquísimos. ¿Te parece bien?

Me parecía, en aquel instante, una solemne estupidez. Pero no se lo dije, naturalmente.

—Como tú quieras, Colette. ¿Qué es lo que más te gusta?

Ella comprendió mi intención, contestando:

—Colecciono muñecas de trapo. ¿Por qué no me traes una preciosa muñeca vestida de japonesa?

—Sí…

Se unieron nuestras bocas con fuerza y los labios de Colette Lebrun me parecieron más fríos que nunca.

Había en ellos un helor casi glacial.

Y al mirarme en sus ojos verdes, muy abiertos ahora como si quisieran devorarme, vi, con más nitidez que nunca, la figura de la muerte.

Me fui de su lado totalmente convencido de que Colette Lebrun era la misma muerte.

Seguro, también, de que yo me había enamorado apasionadamente de la muerte.

CAPÍTULO 12

DESESPERADA ESPERA

Los que siguieron a mi partida de París, fueron meses auténticamente desesperantes.

Y en el transcurso de ellos, descubrí que tenía la misma y enorme capacidad para amar que para odiar.

Porque odiaba profunda y ancestralmente a los japoneses.

Estaba seguro de haberlos odiado toda mi vida.

¿Por qué?

Porque en ellos veía la causa de haber tenido que separarme de Colette Lebrun.

En seis meses hay tiempo para pensar en muchas cosas, sobre todo, encontrándose uno solo.

La distancia activó aquella extraña sensación que yo sentía al lado de la preciosa morena de Évreux. Aquel absurdo que yo trataba de suponer constituía la palabra muerte concatenada con Colette, fue en aumento. Como en aumento fue también mi pasión por ella.

La deseé, en silencio y la oscuridad de mis turbios pensamientos, como jamás había deseado a mujer alguna.

Llegando incluso a olvidarme de que en algún lugar de Los Ángeles vivía y me esperaba una muchacha llamada Wendy Jones.

Yo no esperaba… Yo desesperaba, esperando el momento de regresar junto a mi amada y deseada Colette.

Profesionalmente fui un auténtico fracaso porque era imposible que yo consiguiera concentrarme en nada de lo que me explicaban aquellos consumados maestros de la electrónica que se parecían, como una gota de agua a otra, a los engendros computados que fabricaban.

Un japonés era para mí exactamente igual a otro japonés, y todos ellos, no eran más que pedazos de carne con cabezas achatadas llenas de alambres y clavijas. Sonreían con muecas estereotipadas, se inclinaban con facilidad en falsas reverencias, te daban las gracias por mirarles. Eran, y no se me ocurría nada mejor para definirles, el más híbrido elaborado que la naturaleza pudiese haber concebido.

Les odiaba, sí.

Muchísimo.

Y mi desesperación llegó a tal extremo al verme y sentirme rodeado por ellos en todo momento y lugar, exceptuada la soledad anacoreta de mi habitación, que admití el aberrante pensamiento de justificar la actitud genocida tristemente protagonizada por Harry S. Truman en agosto del 45.

La única satisfacción que disfruté en aquel interminable período de convivencia con los amarillos, se produjo la tarde en cuyo transcurso recorrí una y mil tiendas hasta encontrar la muñeca de trapo vestida de japonesa, que supondría mi romántico presente en el reencuentro que ella planease al despedirnos.

Luego, vuelta a la desesperante espera.

De acuerdo con lo establecido por mis superiores, yo debía volar desde Yokohama a Los Ángeles, vía Washington, una vez concluido aquel absurdo cursillo. Pero como de acuerdo con lo que Colette y yo habíamos hablado, ella me esperaba en un banco romanticoide de su Évreux natal en la medianoche del 1 de junio de 1965, yo, era obvio, me olvidé, deseché por completo, las obligaciones contraídas anteriormente con los magnates de la

«McFarland & Sullivan

Electronic Machines» y, a riesgo de jugarme demasiadas cosas que por otra parte me importaban un pimiento, en cuanto llegó el día obedecí los dictados de mi impaciente corazón.

Desesperado corazón.

Volé a París.

Con un extraño e inquietante presentimiento confundiendo mi cerebro.

Tenía miedo.

Muchísimo miedo.

Tanto como jamás había sentido.

Y renuncié a razonar acerca de aquel súbito miedo.

Renunciando también a encontrar una respuesta al por qué de aquel insólito miedo.

Posiblemente, tenía pánico a descubrir por qué sentía tanto miedo.

París, esta vez, ya no me pareció la rutilante capital de la luz. Pensé que lo de la misa no pasaba de ser una estupidez.

Todo lo que yo veía con los ojos de la cara y los del pensamiento, era de un espeso color tinieblas.

Como el mismo miedo.

Como… la *muerte*.

CAPÍTULO 13

1965: HISTORIA DE HORROR

Llegué a Évreux al atardecer del día 1 de junio del 65, con el corazón galopando dentro del pecho.

Imaginaba de una y mil maneras más cómo iba a ser aquel reencuentro entre Colette y yo, que ella había querido revestir con una guirnalda romántica.

Dentro de una funda de celofán duro, cuyo diseño tenía cierta similitud con las cajas donde se metían los sombreros, la muñeca vestida de japonesa no se había apartado un solo instante de mi presencia desde el mismo momento en que pisara de nuevo suelo francés.

A todas partes había ido con ella.

Évreux, en la Alta Normandía, era una pequeña ciudad de cuarenta mil almas, perteneciente al Departamento del Eure, situada a orillas del río Iton.

Di una vuelta por la ciudad persiguiendo la ilusión de tropezarme con la musa excitante de mis ensueños antes de la hora convenida, aunque ello significara romper aquella aureola romántica que Colette pretendía, y temiendo a la vez darme con su rostro misterioso al revolver una esquina, topar con los penetrantes ojos verdes dentro de los cuales había creído descubrir aquel inquietante mensaje de muerte…

Deseando, sí. Y tratando de evitar a la misma vez.

Desde que conociera a Colette Lebrun, yo había dejado de ser el hombre seguro de sí mismo y dominador de sus emociones que siempre fuera. Para convertirme en un individuo vacilante, dubitativo, que no lograba, incluso, concretar la identidad, la real

naturaleza, de todo aquel cúmulo de incomprensibles y contradictorias emociones que Colette había despertado en lo más íntimo y profundo de mi ser.

Sin grandes apetencias turísticas ni culturales, pude saber que los dos monumentos más significativos del lugar, desde la vertiente arquitectónica, eran la catedral del Nótre-Dame por un lado, que databa del siglo XII, y la iglesia de Saint-Turin por otro. Esta última se había empezado a construir en el siglo XI, conservándose en ella el gran relicario de San Taurín, obra maestra de la orfebrería medieval.

De manera instintiva me fijé en las pequeñas tiendas que surgían a mi paso esperando descubrir cuando menos lo pensara, al otro lado del cristal del escaparate, el rostro hermoso de Colette sonriéndole a un cliente pesado que se empeñaba en comprar algo que ella no tenía.

¿Habría renunciado a la idea de abandonar el mundo del espectáculo y montar la tiendecita en Évreux?

¿Seguiría, por el contrario, deleitando a la clientela de «Soupirs du Caribe» con el desgarro gangoso de su voz melodiosa?

De ser así, no acudiría a la cita.

¿Por qué no pensar que podía haberse olvidado de mí?

¿Y si todo había sido una burla?

Su aire de misterio, el hielo de su boca, el brillo rojo demoníaco de sus pupilas verdes en la superficie, el candor, la agresividad… ¿Podía haber sido una burla todo aquello?

La muerte.

¿Por qué la muerte?

¿En qué momento se había definido dentro de mi cerebro aquel estremecedor pensamiento? ¿Por qué me había empeñado en asociar, obcecadamente, la muerte con Colette Lebrun?

Si no buscaba la forma de sosegar mis inquietudes, acabaría por volverme loco.

Yo amaba a Colette. ¿A qué venía entonces aquel siniestro confusionismo que, de no controlarlo de una vez, acabaría alterando mi equilibrio psíquico?

La Plaza de la República.

Las once y veinticinco minutos de la noche.

Era una plaza recoleta, sí. Con bancos de madera que podían, o

no, ser románticos. Todo quedaría condicionado, era de suponer, al romanticismo que albergasen las personas que allí se sentaran.

Eché mis cuartos traseros encima de la madera del que me pareció más visible desde cualquier ángulo o rincón de la plaza.

Colette… ¿Seguiría amándome?

Renuncié a integrarme de nuevo en la noria enloquecedora de los interrogantes. Tuve que hacer un esfuerzo de concentración para escapar a la vorágine de confusión que amenazaba con iniciar otra vez su tortura sobre mi psiquis.

Ella vendría.

Estaba completamente seguro de ello.

A través del celofán contemplé con inexplicable afecto aquella feísima muñeca cuyos ojitos parecían dos puñaladas en un tomate. Acabó pareciéndome graciosa y simpática.

Era cuestión, pues, de mirarla con buenos ojos. Y los míos eran mejores y más grandes que los suyos.

Los de Colette eran verdes. Y en el fondo de ellos…

—¡Maldita sea! —mascullé, enfadado conmigo mismo.

CAPÍTULO 14

Las doce en punto. Era medianoche.

Ella no había venido aún.

La Plaza de la República de Évreux estaba completamente desierta.

Una brisa suave azotó mi rostro contribuyendo a sacarme de aquel extraño amodorramiento que me invadía. De la súbita depresión que me había producido el que en un campanario cercano se escuchasen doce tañidos sin que ella hubiera hecho acto de presencia.

La una de la madrugada llegó casi de improviso.

Colette no. Ni de improviso, ni anunciándose a lo lejos con un agitar de su mano en alto.

El relente veraniego flageló mi piel, vivificándola.

Las dos…

Dos únicas campanadas esta vez.

Yo, rodeado de oscuridad y sombras, seguía siendo el solitario enamorado de la Plaza de la República de Évreux.

Volví a fijarme en la muñeca como pretendiendo de sus labios rectos e inexpresivos una explicación para todo aquello.

¿Se habría olvidado Colette de nuestra cita romántica?

Me alcé del banco, triste, cabizbajo, siguiendo los maquinales impulsos que me invitaban a caminar, sin rumbo concreto.

De manera instintiva me perdí dentro de un tabernucho de aquellos que parecían ser patrimonio de todos los pueblos del mundo. Voces, discusiones, palabras malsonantes, juramentos, alcohol…

Gente que posiblemente tenía problemas parecidos al mío.

Soledad. Tristeza. Abatimiento.

Me llamó la atención un tipo de avanzada edad que se encontraba solo, sentado en la mesa del más perdido rincón del

tugurio, con vaso y botella delante.

Me dije que era lo que yo andaba necesitando.

El haber andado mucho por la vida y el mundo me había hecho entrar a empujones un buen tratado de psicología en el cerebro; así que me dirigí al mostrador, pidiéndole al tabernero una botella del mejor vino que tuviese.

—Eso vale treinta francos, amigo.

—Como si vale cuarenta. O cien.

—¡Bueno, hombre! No se enfade, no se enfade…

Me pasó la botella, y atrapándola por el gollete, la llevé a la mesa donde se hallaba el vejete.

Tras soltar un taco consistente, exclamó:

—¡Bebe de lo bueno! ¿Eh, amigo?

—Es para que la descorche usted —le sorprendí vivamente con la respuesta.

—¿Yo? —Me estaba mirando con unos ojos de rojo reborde interior que casi asomaban por fuera de las órbitas. Repitió, como queriendo asegurarse de que había oído bien—: ¿Yo?… ¿Ha dicho que la abra yo?

—Usted, abuelo —me senté delante de él.

Le vi frotarse la descuidada barba canosa.

—No soy tan viejo, no crea. Lo que ocurre es que desde la muerte de mi Martine me he descuidado mucho. Además, ¿para quién coño voy a arreglarme yo?

—Me llamo Harrison, amigo.

—Yo, Albert. Albert Mareuil. Es un placer encontrar tipos como usted en tabernas de mierda como ésta a semejantes horas de la madrugada. Le veo de un «solitario» subido, que asusta, ¿verdad? —no me dejó contestar, añadiendo—: Y le preocupa estar solo, ¿cierto? ¡Ya, ya, no me diga nada! No está usted acostumbrado, ¿eh? Es cuestión de tiempo, ¡ya lo verá! ¿Echamos un trago al gaznate?

Conseguí sonreír.

—Echémoslo.

Le estudié mientras parsimoniosamente, pero con dedos temblorosos, destapaba la botella. Debía haber rebasado la frontera de los sesenta, aunque las actuales circunstancias le hacían parecer más viejo aún. Revueltos los cabellos de la coronilla, cuatro y

alguno más, y pinta de borrachín en el semblante. Abatimiento y desidia por compañeros.

Un pobre hombre el tal Mareuil. Un desgraciado de la vida.

¿Y yo? ¿Qué era yo?

Era consciente de que la ausencia de Colette me acababa de precipitar a un grado tal de abulia, de profunda desmoralización que de la alegría contenida y previa al encuentro, de la emoción, del deseo enorme de volver a verla… había pasado al extremo de no importarme nada.

Igual daba vivir que morir.

No…

Morir tenía que ser mucho mejor.

—¿Por qué brindamos, Harrison? ¿Por las mujeres? ¿Por el alcohol que nos ayuda a olvidar? ¡Oh, qué estúpido soy! —Se dio un manotazo en la frente. Rectificando—: El primer brindis por usted, que ha pagado la botella. ¡Claro!

—Por ella —dije, como en un rezo.

Me miró, confuso.

—¿Ella?…

—Colette. Colette Lebrun. Una chica de aquí, de Évreux.

—¡Ah, Colette! Sí… ¿La conocía usted de París, quizá?

—Sí… —Miré al tipo mientras alzaba hacía mis labios el vaso que él acababa de llenarme hasta el borde—. ¿*Conocía*? ¿Por qué habla de ella como sí… como si estuviese muerta?

Bebió su vaso de un solo trago.

—Colette Lebrun está muerta, amigo.

CAPÍTULO 15

Me quedé muy quieto.

Con el brazo a medio alzar y el vaso sostenido entre los dedos de la diestra. Mirando a Albert Mareuil apagadamente primero, igual que si no le viera. Con rabia sorda después, deseando no verle jamás.

MUERTA.

MUERTE…

—¿Qué estupideces estás diciendo, viejo de todos los diablos?

—Entiendo tu reacción, Harrison. Pero es la realidad. ¿La amabas?

Asentí maquinalmente.

—No era trigo limpio, muchacho —sentenció Albert Mareuil. Añadiendo—: Y perdona que sea tan brusco. Nunca he servido para dar noticias, y menos cuando éstas son malas. Colette no se merece que llores por ella.

—Te mataría con un placer, viejo…

—Imagino que sí. Pero si me dejas…

—¿Cómo sucedió?

—Hace unos meses. A principios de febrero si mal no recuerdo. Ella actuaba en París, en un *cabaret*. Cantaba y esas cosas… Su familia creía que estaba sirviendo. Un buen día les dijo que le habían tocado trescientos cincuenta mil francos en la lotería; que con ese dinero y una cantidad que iba a prestarle la familia con quién trabajaba volvería a Évreux para poner una tienda.

«El mismo día que dijo regresar a París acompañada del hombre en cuya casa servía, un tal Louis-Marie Davray, el coche que conducía ese tipo, según pudo deducir la gendarmería al reconstruir los hechos, se vio adelantado por otro en las inmediaciones de este lugar que, cerrándole el paso, le obligó a detenerse. Unos facinerosos acribillaron a balazos a Davray con quien al parecer

tenían cuentas pendientes, para luego violar repetidas veces a Colette hasta causarle la muerte. Su cuerpo apareció cubierto de heridas y hematomas. La policía averiguó también que Louis-Marie Davray era el propietario de un club nocturno llamado "Soupirs du Caribe" donde Colette había estado actuando durante bastante tiempo siendo, además, la amante de aquél. Se rumoreó también que el fulano ese estaba conectado con la mafia y el mundo de la droga».

Pensé que de un momento a otro iba a volverme loco.

No era la muerte, entonces, lo que yo había creído captar en el fondo de los verdes ojos de Colette; sino su maldad. Lo ruin de su condición. La bajeza de sus sentimientos. No quiso ser mía porque necesitaba, primero, estar segura de amarme… Mientras cada día, seguramente, se acostaba con aquel cerdo de Davray.

¡Bien muerto estaba!

¿Y yo? Yo, a pesar de todo lo que el viejo acababa de explicarme, seguía amando a Colette Lebrun.

Más que nunca.

Me producía un morboso e intenso placer amarla sabiéndola muerta.

—Su padre, al conocer la verdad, no quería ni que la enterrasen en el cementerio de aquí. Viviane, la madre, hubo de suplicarle para que recapacitara. Le repitió un millón de veces que su hija estaba muerta y que, ahora, era Dios quién debía juzgarla. Al final… —Abrió la boca para sonorizar un prolongado bostezo—. ¡Este vino entra como un condenado! Pero te pone la cabeza más espesa que un adoquín.

—¿La enterraron en Évreux?

—Sí —asintió Mareuil, más rojizos los ojos que un par de ascuas —. Pero tuvo que intervenir hasta el párroco de Saint-Taurin —volvió a distanciar sus mandíbulas sonoramente. Se excusó—: Amigo Harrison, me vas a perdonar, pero este vino me ha hecho entrar una pasión de sueño que… —me obsequió con un tercer bostezo—. ¡Me largo a la cama! —Se puso en pie torpemente, diciendo—: Gracias por el vinacho. Es bueno y entra bien, ¡vaya que sí! Pero cómo pega el condenado, ¡cómo pega!

No recuerdo haber pronunciado frase alguna de despedida, pero al cabo de un buen rato me enteré de que estaba solo.

Sin rubor, sacudí con ganas la botella.

Paladeaba el vino con delectación, esperando encontrar en sus vapores la panacea a mi angustia cuando, desde algún lugar lejano, con nitidez no obstante, llegó hasta mis oídos una voz, desgranando con tibia y sensual gangosidad.

La voz…

Era la voz, ¡DE COLETTE LEBRUN!

Miré la botella.

¿Era aquello de lo que eran capaces sus efluvios?

—«… *je vois la vie en rose*…».

Miré instintivamente, hacia afuera. Hacia el lugar del que supuse procedía la voz.

Hacia la calle.

En el cristal de en medio de la mugrienta ventana, unas manos se afanaban en borrar la suciedad, para mirar los ojos que pertenecían al cuerpo que les daba vida hacia el interior.

¿Vida…?

¿Aquel rostro?

Porque después de que las manos hubieron conseguido su propósito, al otro lado del vidrio, yo acababa de ver un rostro.

Estaba viéndolo ahora.

¡El rostro de Colette Lebrun!

Atrapé la muñeca de un manotazo echando a correr hacia la calle con la expresión de un auténtico poseso.

Los cuatro borrachos que aún quedaban dentro me miraron compasivamente. O estaba más bebido que ellos, o mucho más loco, lo cual no dejaba de ser peor.

La puerta se cerró a mis espaldas.

—¡COLETTE! —grité, enajenado por la felicidad. Preguntando con leve temblor en la voz—: ¿Eres tú?

Sus ojos verdes, fríos como nunca, me miraron en silencio. Y los labios de aquella boca sensual apenas si se movieron al susurrar:

—Sí, Harrison. Claro… ¿Pensabas acaso que podía faltar a nuestra cita?

—¡Pero…! Me han dicho que tú…

—Sin preguntas, Harrison. Sin explicaciones. Sin reproches… He venido solamente para estar contigo. Ahora ya no tengo duda, sé que te amo locamente. Que te amaré siempre. Por encima de la

muerte, por dimensiones que distancien mi espíritu de tu cuerpo. Y deseo amarte como jamás otra mujer pueda haberte amado. Ven conmigo, Harrison. Ven al infinito del placer.

—Colette, yo… Es que no entiendo cómo puedes estar aquí y al mismo estar… ¿Porque eres tú de verdad, no, Colette?

—¿Ya no me deseas?

—Hasta el extremo de apetecer la muerte amándote —me sobrecogí al escuchar lo que había dicho. Pero más sobrecogedor fue para mi saber que estaba diciendo lo que sentía.

Lo que anhelaba.

—Ven… —Me tendió su mano.

Al tomarla tuve la sensación de estar acariciando entre mis dedos un helado iceberg. Su frío estremecedor pasó como una corriente eléctrica hasta lo más recóndito de mí, haciéndome zozobrar.

Luego me sobrevino una extraña laxitud. Un suave placer que me succionaba. Que me hacía dejar de ser yo entrando a formar parte de ella.

¿De Colette… o de la muerte?

Cuando se me abrazó para besarme con una violencia que contradecía su condición glacial que de continuo me contagiaba, supe que sí. Que la muerte había entrado hasta lo más ignoto de mis entrañas.

—Ven… —A partir de aquel instante estuvimos corriendo durante mucho rato por las oscuras y desérticas calles de Évreux.

Nos alejamos de la ciudad.

Debió de llevarme muy lejos.

A la dimensión del éxtasis.

CAPÍTULO 16

Había un mucho de siniestro en aquel rito sexual, salvaje, que estábamos protagonizando Colette y yo, tendidos, revolcados primitivamente sobre la hierba, rodeados de lujuriosos arbustos, en la zona boscosa que cerca de las márgenes del Iton se alzaba en las inmediaciones de Évereux.

Yo no respiraba, roncaba guturalmente, sintiendo los aldabonazos locos que mi corazón propinaba dentro del pecho.

Ella se complacía excitándome con frases de contenido casi obsceno mientras yo cabalgaba encima de su cuerpo helado, glacial, que, por contra, me hacía sentir como si tuviese fuego dentro de mis entrañas.

—Nadie te amará como yo, Harrison. NADIE…

Sin cesar en aquellos estertores que hacían temblar mis labios, buscaba con ellos los gélidos pechos de Colette, duros como piedras, sintiendo un placer inenarrable cuando los mordisqueaba con brutalidad ancestral.

Me apretaba contra ella aumentando la intensidad de mis jadeos bestiales cuando las corrientes del éxtasis me atropellaban con tal fuerza que las sienes amenazaban estallar… Machacaba la fría naturaleza de Colette con mis enfurecidos vaivenes corriendo con desesperación en pos de un orgasmo que no llegaba nunca pero que intuía sensacional, supremo, delirante.

De súbito, ella rompió en carcajadas, estremeciéndose. Sus mandíbulas se batían en una especie de morboso delirio, aumentando el ritmo siniestro de las locas risotadas, y ello, por unos instantes, me apartó del entorno lúbrico en que estaba inmerso.

Percatándome entonces de que sus mandíbulas no eran humanas y sí descarnadas, del color blanquecino de la cal; eran… las mandíbulas de la muerte.

—Ámame… ¡ÁMAME! —gritó.

Su cuerpo, esquelético ahora, cobró una movilidad diabólica que me hizo sentir la imperiosa necesidad de fundirme dentro de él, de perseguir con mayor furia la frontera del éxtasis.

Durante fracciones de segundo, mis ojos dilatados tuvieron la oportunidad alucinante de contemplar en toda su magnitud la realidad de lo que estaba sucediendo: de contemplar, cómo entre nubes terroríficas de una siniestra pesadilla, aquel conjunto huesudo, pútrido, coronado por una monstruosa calavera en el fondo de cuyas vacías cuencas brillaban dos intensas hogueras rojas, me tenía diabólicamente fascinado.

Una serie de espasmos epilépticos sacudieron mi anatomía merced al caudal lúbrico que me obligaba con desesperación a amar aquel pedazo de muerte que se contorsionaba debajo de mí.

Instantes después volvió a ser ella, Colette. Y volvió a jalearme con su canto amoral. Me excitó al placer para que hallase pronto la explosión, el arrebato.

Sucedió.

Sucedió en medio de aquel febril diapasón que algo estalló dentro de mí y una nube blanca primero, escarlata después, y negra al final, veló mis pupilas trasladándome a un mundo de horribles tinieblas.

Hubo otra explosión. Y una tercera. Lo que yo sentí entonces jamás sería capaz de describirlo gráficamente. Fue una sensación de dolor tan profunda y lacerante que acabó convirtiéndose en tránsito delicioso por el que parecí perderme fuera de este mundo, iniciando un viaje interminable, sensacional, por un infinito lleno de estáticas percepciones, de vivencias paradisíacas a las que no deseaba renunciar por nada.

Doblé la cabeza hacia un lado y caí, dando vueltas sobre mí mismo. Abandonando el macabro colchón que me había transportado hasta aquella nube ignorada de placeres… Mis ojos siguieron cerrados, fuertemente apretados los párpados, abdicando de cualquier realidad que no fuese aquella que estaban contemplando en las tinieblas de su encierro.

Nunca pude saber cuánto tiempo había transcurrido desde el inicio de aquella ceremonia, tan lúbrica como siniestra, hasta que mis pupilas surgieron de entre los párpados, de entre la oscuridad

de la muerte seguramente, en busca de la luz terrena.

No, no lo supe.

En aquel momento igual podía creer que eran minutos, meses, años o siglos.

Supe, eso sí, que estaba solo.

Desnudo, ridículo, y tirado encima de la hierba.

Pero solo.

Completamente solo.

Como si se tratara de un presagio acerca de lo que me esperaba durante el resto de mi existencia.

Aguardar los placeres de la muerte encerrado en un entorno de absoluta soledad.

Colette…

—¡Colette! —exclamé—. ¿Estás ahí?

¿Ahí? ¿Dónde?

¿Acaso estaba seguro de haber llegado a aquel lugar en compañía de Colette Lebrun?

¿Tenía la certeza de haber amado a Colette Lebrun?

De lo que sí estaba seguro era de haber amado apasionadamente.

¿A quién?

CAPÍTULO 17

Necesitaba hablar de nuevo con el viejo borrachín que me había informado de la muerte de Colette.

Le esperé en aquel tabernucho donde, a través de los sucios cristales de una ventana, había contemplado por primera vez el rostro de la muerte. De una muerte vestida de mujer que había venido a mi encuentro como cumpliendo un rito tan ineludible, como siniestro.

Era tal la confusión que vivía en mi cerebro alimentando los más absurdos y caóticos pensamientos, que busqué en el alcohol un sucedáneo de locura. Pero de una locura más racional, más coherente. Más asequible a mi intelecto.

La duda que me consumía era una y muy concreta: ¿Colette Lebrun, estaba viva o muerta?

Una voz me distrajo.

—¡Eh, Harrison! ¿Pegándole al buen vinacho, eh?

No había fallado. Albert Mareuil necesitaba del alcohol. Y necesitaba tomarlo en aquel tugurio con el que se sentía identificado, del que formaba parte, lo mismo que las mesas, los vasos y las botellas.

—Esta madrugada, después que te fueras, viejo borracho de mierda, he visto a Colette —me pesaba la lengua y tropezaba con torpeza contra todos los rincones del paladar.

—Estás borracho, amigo. Ya te dije ayer que ella no se merecía, ni viva ni muerta, que te lo tomes así.

—¡CALLA! —grité, mirándole con ojos inyectados en vino y sangre.

La plantilla de beodos potenciales se volvió hacia mí. Al reconocer al tipo que la noche anterior había salido como alma que lleva el diablo, se encogieron de hombros con gestos conmiserativos en sus rostros grotescos, enrojecidos, de venitas amoratadas que

parecían converger todas en la nariz.

«¡Pobre loco!».

—Esta madrugada he hecho el amor con Colette. Bueno…

Albert fue por un vaso y lo trajo para llenarlo de mi botella. Luego de metérselo de un trago entre pecho y espalda, musitó:

—Estás obsesionado, Harrison. Y eso es grave. ¿Por qué no te acercas a un médico para que le dé un vistazo a tu cholla, eh?

—La he tenido en mis brazos, borrachín. La he besado, la he…

—¡Alucinaciones, coño! Producto de tu fantasía todo. Estás obsesionado, Harrison. ¿Es que no quieres entenderlo? Tan obsesionado, como Colette muerta.

—¡MENTIRA! —grité, apartando el vaso de mis labios.

—Acabarás loco, muchacho —sentenció Mareuil—. Loco de remate.

Tratando de dominarme pregunté en tono quedo y ronco:

—¿Qué pruebas tienes tú de que Colette Lebrun esté muerta?

—Una…

—¿Cuál… cuál? —inquirí tembloroso, excitado.

Albert se mantuvo envuelto en un silencio que se me antojó eterno. Como si madurase concienzudamente la respuesta que iba a ofrecerme.

Dijo al fin, evitando mirarme a los ojos:

—Pertenezco al servicio de Pompas Fúnebres de Évreux. Yo, con mis propias manos di sepultura al cadáver de Colette Lebrun. ¿Comprendes ahora por qué no pudiste verla anoche? Ni amarla…

—¡JURO QUE ESTUVE CON ELLA!

—Bien… —murmuró el anciano, ensayando un gesto de hastío —. Ya que te empeñas en no razonar, sólo se me ocurre una cosa para convencerte —se puso en pie, exclamando—: ¡Venga, vámonos!

CAPÍTULO 18

—¿Adónde?

—¿Dónde leches quieres que sea? ¡Al cementerio!

Le seguí, como un autómata.

Nunca me habían gustado los cementerios porque tenían la virtud, quizás era más real decir «desvirtud», de producirme idéntica sensación que los días de fuerte aguacero: un constreñimiento que acaba convirtiéndose en inquietud depresiva.

¿Venía ahora de un grado depresivo más o menos?

Los cementerios de pueblo resultaban más sobrecogedores que los de las capitales. El de Évreux no era precisamente la excepción que pudiera confirmar aquella regla. Se llegaba hasta él luego de caminar largo trecho por un sendero abrupto y pedregoso que producía la sensación de conducir al infierno.

Mareuil, que se producía con la mayor de las tranquilidades, explicó:

—El otro camino es más decente y está asfaltado. Pero por aquí llegaremos mucho antes.

—Ya.

Nos dimos, de pronto y en la oscuridad, contra el tapiado que parecía exclusiva de los camposantos de provincias; contra aquellos ladrillos desiguales y sucios, por encima de los que se erguían las estiradas cúpulas de los cipreses, enhiestos y silenciosos, cuidando siempre del recogimiento de aquellos que dormían el sueño postrero.

Partiendo la tapia, la verja, cuyos goznes enmohecidos chirriaban como almas perversas sufriendo las torturas del averno. Albert, era obvio, estaba como en su propia casa; más que eso: estaba en su propia casa. Moviéndose sin el menor prejuicio. Sin dificultades.

Una vez hubimos traspuesto la gimiente verja, dijo:

—Hubo una época en que los Lebrun eran una de las familias más adineradas del lugar. Emparentados incluso con la rama del que fue presidente de la República al estallar la segunda gran guerra. Se hicieron construir una especie de cripta. Aunque luego vinieron a menos, continuaron manteniendo la fastuosidad de su última morada. Ven, sígueme…

El panorama que bailaba frente a mis ojos debía ser espectral, aunque me llegaba atenuado por las burbujas del alcohol que casi se atrevían a encontrar una óptica graciosa en todo aquello.

Merced a mi estado, habría podido resultar hasta cómico, de no ser por mi obstinada obsesión por Colette.

Tras la encorvada figura de Mareuil, fui serpenteando por las orillas de los senderos donde unos y otros descansaban por toda la eternidad. Casi llegamos al final, doblando por la ancha avenida que partía en dos la necrópolis, perdiéndose tras una curva en el ángulo más alejado del cementerio.

Albert, tras encender una linterna de petaca que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón, exclamó casi satisfecho:

—¡Aquí es!

En efecto, se trataba de algo parecido a una cripta[2]. Incluso con su altar decorado y adornado con flores.

Tuvimos que bajar unas escaleras.

Entonces fueron apareciendo las sepulturas. Con sus losas, claro. Moviendo el haz luminoso hacia donde debía, dijo Mareuil:

—Ésa es la tumba de…

La frase quedó incompleta.

Porque la losa sobre la que se leía el nombre de COLETTE LEBRUN, con fecha de nacimiento y óbito, estaba retirada de su encuadre como unos veinte centímetros. Los suficientes… para que se viese el ataúd, y encima de él, dentro de un cilíndrico envoltorio de celofán, una muñeca de trapo vestida de japonesa.

LA MUÑECA…

¡Ni me había vuelto a acordar de ella!

Mareuil, trémulos los labios y muy abiertos los ojos, preguntó con voz insegura:

—¿No es ésa la muñeca que tú llevabas ayer cuando nos encontramos en la taberna?…

—Luego se la di a Colette. La había traído del Japón para ella.

Los dos permanecimos allí, rígidos, contemplando en silencio la irreal realidad.

Renunciando a cualquier comentario.

A cualquier explicación.

CAPÍTULO 19

Mi regreso a Los Ángeles, tan precipitado y sorprendente como tardío, sorprendió a tirios y troyanos.

Tuve ocasión de comprobar una vez más la absurda falsedad de la raza humana, cuando a todos los niveles se aceptaron, como lógicas y razonables, mis no menos absurdas justificaciones sobre el porqué de mi anárquico comportamiento en los últimos tiempos.

Desde la óptica familiar, complacidos con mi retorno, todo fue bien visto. Se lo tomaron de una forma que era la resultante de aplicar aquella vieja filosofía del regreso del hijo pródigo.

Sólo mi hermano Michael intuyó que algo grave me había sucedido. Vi en sus ojos azul-grises un rasgo de comprensión, de afecto, que iba por encima incluso de nuestros vínculos sanguíneos; algo así como un mensaje de consuelo.

Daba la impresión de haber captado la tormenta que rugía bajo mi pecho, dentro mismo del corazón; me decía en silencio que estaba a mi lado y que, como siempre, podía confiar en él.

Llegué a temer, por unos instantes, que estuviera en posesión de mi verdad.

¡Qué estupidez! Eso era imposible.

Michael y yo nos habíamos parecido mucho desde siempre. No sólo en lo físico —donde la semejanza era grande, asombrosa para quienes nos veían por primera vez y por separado—, sino en lo demás. Compartíamos iguales conceptos y comulgábamos con idéntica ideología en todos los órdenes de la vida.

Éramos afines también en los gustos.

De ahí que en una fecha no muy lejana. Michael, serio, me hubiese dicho:

»—Si abandonas a Wendy o le haces alguna trastada, yo me casaré con ella».

Mi hermano, del que sólo me separaba cronológicamente una

estatura superior por mi parte de veinte meses, tras demostrarme con el gesto y la mirada que estaba dispuesto a ofrecerme todo el afecto y comprensión que necesitara, dijo al día siguiente de mi llegada, un momento en el que coincidimos solos en la sala de estar:

—Esperaré a que tú juzgues llegado el instante de explicármelo, Harrison. Sabes que estoy a tu lado.

Elocuente y discreto al máximo.

Con un sentido exacto, casi milimétrico, de cómo ofrecer su ayuda sin ningún tipo de presión.

—Sí, Michael. Ten por seguro que ese instante ha de llegar.

No hablamos una palabra más sobre el asunto.

Los que manejaban el cotarro en la «McFarland & Sullivan Electronic Machines», hombres con mucho sentido común, fueron consentidos comunes y corrientes a la hora de admitir no ya mis excusas, sino mis explicaciones acerca de lo que no tenía explicación.

Contemporizaron lo suyo al respecto y yo no quise exhibir falsas modestias ni avanzar complejos implícitos de culpabilidad porque, a lo peor, era eso lo que en el fondo pretendían con su farisaica postura.

Lo de mi momentánea deserción al regreso del imperio del sol naciente fue tomado como una chiquillada; como una gracia (que no sé si algunos incluso rieron) de niño mal criado.

Les dije, contundente, que los viajes y el nomadeo se habían terminado para mí. Que había decidido casarme, y, en consecuencia, deseaba disfrutar de una vida hogareña y sedentaria. Al instante me fue ofrecido, asignado ya, un puesto en el engranaje burocrático de la empresa.

Mi rubia y deliciosa Wendy fue la última en enterarse, como solía suceder en aquellos casos, de que mi inesperado regreso obedecía al hecho concreto de haber decidido casarme con ella sin perder un minuto.

Wendy, mujer, y sutil, a la postre, no formuló el más mínimo reproche acerca de aquellos últimos meses en que no recibiera ni una letra mía; no preguntó qué me había sucedido ni quién se había cruzado en mi camino para apartarla tan radicalmente de mi pensamiento; no quiso saber el porqué, de pronto, yo le pedía, casi

angustiado, que nos casáramos. No quiso saber nada porque, quizás, en lo más íntimo de su ser —igual que Michael—, lo intuía todo; lo sabía todo.

Sabía —de eso estaba yo completamente seguro—, la existencia de otra mujer. Y que había vuelto a ella para olvidar. Que me casaba con ella para olvidar. Que la necesitaba más que nunca para que me ayudase a olvidar.

Lo que Wendy no sabía era que aquella otra mujer perduraría para siempre, por mucho que yo hiciera por olvidarla, dentro de mi corazón.

Un corazón en el que, quizá, sin saberlo yo mismo, vivía y latía la angustia de la muerte.

Colette… era muerte. Y amor ancestral. Y loca pasión. Y desatino. Y aberración.

Colette… era todo. Y no era nada.

Wendy y yo nos casamos tres semanas después de mi regreso. Al salir de la capilla, bajo un diluvio de arroz, me comentó:

—Había empezado a temer que este día no llegase nunca, amor.

Estuve tentado de contestarle que yo también, desde el mismo instante en que conociera a Colette.

Pensé que tenía la obligación moral —por Wendy— y la necesidad física —por mí—, de empezar a olvidarme de Colette Lebrun desde aquel mismo instante.

Honolulú nos acogió para pasar nuestra luna de miel. Hacer el amor sobre la arena tibia de sus playas era una auténtica delicia… pero yo añoré y deseé en todo momento regresar a la pasión vivida encima de la hierba amando el cuerpo de Colette.

Decididamente, no.

Jamás podría olvidarla.

¡JAMÁS!

Empecé a suponer, con horror, que odiaba a Wendy. Que la odiaba por haberse constituido en la barrera que me separaba definitivamente de Colette Lebrun.

Con el pensamiento me dirigí a Colette, suplicándole: «Si de verdad eres la muerte, haz algo. HAZLO…».

CAPÍTULO 20

Al fin, regresamos a Los Ángeles.

Confiaba en que la actividad laboral me ayudaría a conllevar muchas cosas. La convivencia con Wendy. La ausencia definitiva de Colette.

A mediados de febrero del 66, llegó la carta.

Iba dirigida a mi nombre y domiciliada en la dirección de las oficinas centrales de la «McFarland», hecho este que me llamó la atención.

Sin remite, además.

Dentro, una cuartilla de texto escueto, redactado con concreción:

«*Chèri*:

Sé que no me has olvidado porque eso es imposible. Porque lo que tú sientes por mí es superior a tus propias fuerzas.

Por eso he querido que sepas que el próximo uno de marzo nacerá nuestro hijo.

El fruto de nuestra pasión, que he llevado en mi vientre con ansia y anhelo, está presto a participar del mundo. Ven, Harrison… No puedes faltar en la bienvenida de tu hijo. Donde acudiste la última vez con el viejo Albert. Te ama.

Colette».

Leí una y mil veces aquella misiva estremecedora que me recordaba la angustia siniestra y el éxtasis disfrutado, a la propia vez, entre los brazos de una helada Colette cuando, con loca desesperación, había amado su cuerpo y su carne.

¿Su… carne?

Pensé largamente.

En la forma y manera de justificar ante la empresa y ante Wendy un imprevisto y urgente viaje a Francia. Tenía que encontrar una explicación coherente porque a lo que no estaba dispuesto era a renunciar a aquella excitante y diabólica aventura.

Para seguir viviendo, sabía que necesitaba ir. Tenía que ir.

IRÍA…

CAPÍTULO 21

De pie en el interior de la cripta, horrorizándome durante unos instantes del propio horror morboso al que me estaba prestando, evité preguntarme…

«¿Qué hago aquí? ¿Qué espero que suceda?».

Era consciente de haber llegado a un extremo peligroso en mi conducta amoral; de encontrarme frente al dilema de no saber diferenciar el bien del mal.

¿Y qué me importaban a mi aquellas absurdas filípicas con que pretendía, ahora, sorprenderme mi conciencia?

Colette me había llamado.

Yo estaba allí.

Colette… estaba allí.

Esta vez, la losa se encontraba mucho más distanciada de su encuadre que la anterior. Situado en diagonal el vértice izquierdo inferior, de forma que coincidía con el derecho de la sepultura, permitiendo así ver una gran parte del sombrío ataúd. Cubierto este de velludas telarañas que parecían débiles tiras de terciopelo.

Silencio sepulcral presidiéndolo todo.

Como correspondía.

Vi la muñeca, arrugada su tela lo mismo que el celofán que la envolvía, cubierta de polvo, enredándose también en ella las telarañas.

¿Qué era lo que debía suceder? ¿QUÉ?

Mi hijo…

Nuestro hijo…

¿Cómo podía ser capaz de admitir, de aceptar aquella aberración monstruosa?

Un crujido, siniestro como el propio entorno, me sobresaltó.

La pequeña conmoción registrada en el interior del féretro… tuvo su prolongación en un aullido infrahumano, diabólico,

acompañado de unos golpetazos. Intuí, con extraña satisfacción, las contorsiones que el cuerpo de Colette debía estar protagonizando dentro del ataúd.

Un alarido traspasó con eco lúgubre el silencio de la noche.

No pude evitar un estremecimiento, al tiempo que una película, tan helada como el cuerpo de Colette el día que la había amado, empezó a cubrir mi frente.

Se me erizaron los cabellos de la nuca y tuve la certeza de que brotaban en mi epidermis unos granos excitantes que me producían una angustiosa comezón.

Otro aullido.

Un tercero.

El mortuorio vehículo comenzó a saltar como si tuviese vida propia y mi crispación alcanzó un *in crescendo* de locura. Sentía los ojos fuera de las órbitas, la garganta seca como las arenas de un desierto, la respiración difícil y fatigosa, amenazando con hacer estallar pulmones y corazón.

¡CRASCK! ¡CRAAAASCK!

La tapa del ataúd saltó hecha pedazos.

Lo que mis pupilas estrábicas, perdidas en un mundo de visiones fantasmagóricas, tuvieron opción a contemplar era, sencillamente… satánico.

Colette no era más que un puro montón de huesos blanquecinos rematados por una calavera monstruosa, cubierta de sudor en el que nadaban cientos de gusanos, rebosando pringue mantecosa de un nauseabundo verdor, y entre lo que un día fueron sus maravillosas piernas torneadas… entre ellas, revolcándose y bramando como infernal engendro, un menudo ente repugnante.

Era… algo.

Un ser informe y deforme a la vez; de diminuta y retorcida carita, con unas cuencas aparentemente vacías por las que rebosaba un jugo rojizo como la sangre, cuya viscosidad no permitía concretar la existencia o no de pupilas; por nariz tenía un par de horrendos orificios que parecían haberse logrado horadando en su piel rugosa con las afiladas puntas de unas dantescas tijeras. Y la boca menuda, contraída, ofrecía un rictus espectral, semicurvo, con unos labios rehinchados de color violáceo.

—¡No…! —musité, con algo que no me pareció mi propia voz—.

¡NOOOOOOOO!

Alcé las manos para incrustar las uñas en mi rostro pretendiendo cubrírmelo de surcos sangrantes que borrasen de mis ojos aquel cúmulo infamante de horror.

—Es… ES NUESTRO HIJO, HARRISON.

—¡NO! —bramé otra vez—. ¡NO PUEDE SER!

Y echando a correr enloquecido, tropecé en las escaleras cayendo por dos veces consecutivas, gritando incoherencias, pidiendo perdón al que suponía haber desafiado, suplicándole que me permitiera salir de aquel pozo macabro de locura que amenazaba con succionarme definitivamente.

Corrí, corrí y corrí.

Seguí corriendo.

Ignoro cuánto tiempo y hasta dónde.

Pero corrí lejos de allí antes de que mi cordura, la poca que podía quedarme, se perdiera entre aquel *summum* aberrante de herejías y profanaciones.

Al regresar a Los Ángeles, como emergiendo del fondo de una brutal pesadilla, visité la consulta de un psiquiatra. Pero no tuve la valentía de explicarle la total verdad.

Con quien sí me sinceré entre llanto histérico, convulsiones y sollozos, fue con mi hermano Michael.

—Somos dos, Harrison —me dijo abrazándome con patetismo—, para luchar contra esos fantasmas que pueblan tu mente. ¡Verás como acabaremos expulsándolos de los cauces de tu sensatez!

El apoyo de él, juntamente con el tratamiento prescrito por el psiquiatra, fueron aliviando, sólo aliviando, paulatinamente, mi maltratado aparato psíquico.

—El paso del tiempo hará el resto, hermano —me sonrió un día Michael, luego de comentarme que tenía mucho mejor aspecto que fechas atrás.

—Esperémoslo así —le sonreí forzadamente.

CAPÍTULO 22

1985: LA LOCURA

El paso del tiempo, de los años, sólo había contribuido a mitigar la obsesión. A calmar las ansias que aquel otro ser que anidaba dentro de mi sentía por Colette.

La visión de las espectrales escenas vividas, de aquellos cuadros donde la exaltación diabólica encontrara su clímax más execrable, fueron difuminándose lentamente para, en ocasiones, retornar a mi psiquis en el curso de angustiosas pesadillas de las que despertaba desencajado, lívido y bañado en sudor.

También con el pasar de los años me fui volviendo hosco y taciturno, extremadamente irritable, hasta el extremo de que la convivencia conmigo, para mi mujer y mis hijos Fred y Tuesday, se hizo insoportable.

Acabé aborreciendo a Wendy. Y lo que es peor, haciendo muy poco por esconder el odio mal contenido que la profesaba.

Nuestro matrimonio se tambaleó en varias ocasiones y estoy seguro de que sólo la presencia de nuestros hijos contuvo a Wendy de tomar una decisión definitiva y drástica.

Yo no era otra cosa que un alma torturada, consumida de continuo por el fuego de la duda, que se preguntaba día a día, minuto a minuto, cuál era la realidad de mi borrascoso pasado.

Que se preguntaba sin tregua ni reposo qué habría sido de aquel infernal monstruo que un día contemplara entre las piernas de un esqueleto en el interior de un ataúd. Y que se preguntaba, en realidad… *¿qué era aquello*?

Sólo la auténtica comprensión de mi abnegado hermano, que desde el primer instante me ofreció su incondicional apoyo, había

sido útil para mí en el transcurso de los diecinueve largos años que habían pasado desde el día en que por segunda vez estuviera en la cripta de los Lebrun.

Michael, que permanecía soltero, pasaba la mayor parte de su tiempo libre entre nosotros, lo cual contribuía a paliar en algo la inseguridad y distanciamiento por el que se debatía nuestro matrimonio.

La pregunta martilleaba mis sienes, de día y de noche:

»—¿Qué habrá sido de aquel… *algo*?».

Así, durante dieciocho interminables años.

Aquella tarde sabatina de otoño, presto a extinguirse ya el 85, la pregunta cobró mayor fuerza lacerante.

Puede que como consecuencia de hallarme solo en la casa, ya que Wendy y los chicos estaban pasando el *week end* en el chalet de su madre, y Michael se encontraba de viaje por imperativos profesionales.

El timbre de la puerta me sobresaltó, haciéndome brincar de la butaca.

Mi corazón se había disparado de pronto a impulsos de una inesperada taquicardia.

Abrí la puerta, notando que el miocardio se me dilataba hasta la garganta.

—¿Quién…? —articulé.

—Soy yo… PAPÁ.

PAPÁ… ¿Había dicho… *papá*?

Le miré, horrorizado.

Con las pupilas dilatadas. A punto de romper las cuencas.

Había crecido, sí… Pero su rostro seguía siendo una monstruosidad inconcebible. Purulenta, hedionda, con órbitas sangrientas, con dos enormes agujeros por nariz que despedían un olor fétido, y su boca brindando idéntico rictus satánico que… ¿al nacer? Igual gesto curvo en aquellos labios rehinchados de color violeta intenso.

—No… ¡no es posible! —tartamudeé, llevándome ambas manos a la garganta.

—Papá… —Avanzó un paso—, ¡abrázame!

—¡¡NOOOOOOOOOOOO!!

El corazón, ahora, me estalló en la boca. Sentí una opresión

asfixiante dilatando mis vísceras cardíacas, me faltó el aire en los pulmones, noté como el pecho se me rompía, la vista se me nublaba…

Caí hacia atrás, desplomándome sobre el mosaico.

MUERTO.

Era consciente de que físicamente había dejado de existir, aunque mi espíritu se aferraba con desesperación a la existencia terrena, lo cual, en tortura satánica, me permitía tomar realidad de lo que sucedía alrededor de mi cadáver.

Lo que mis pupilas vidriosas vieron a través del otro ser que seguía negándose a partir… fue la postrera y siniestra ironía con que me obsequiaba un mundo al que ya no pertenecía.

El *algo* estaba arrancando de su rostro nauseabundo una mascarilla de finísimo látex bajo la cual emergieron las correctas y sonrientes facciones de… *Michael Moore*.

¡DE MI HERMANO!

Quien, luego de dar un puntapié a mi cuerpo inerme, abrió la puerta y dijo:

—Pasa, Wendy. Está muerto.

Entró la rubia y bella viuda contemplando con horror y desprecio mi cadáver.

Sabedor de la cruel maquinación y de la impotencia en que mi tránsito me sumía, pedí a alguien, sin saber concretamente a quién, que me permitiese regresar para estrangularles con mis propias manos.

—¡Maldito loco! —exclamaba Wendy.

—Todo ha terminado, pequeña —Michael la estrechó entre sus brazos besándola en la boca. Luego, anunció—: Ya te dije que era la única salida. La impresión de tropezarse con la falsa realidad de sus alienadas vivencias, con ese monstruo que en su desvarío aseguraba haber visto nacer… tenía, por fuerza, que romper un corazón maltrecho y castigado. Ahora, vida mía, esperaremos un lapso prudencial de tiempo antes de casarnos. La gente verá con buenos ojos que contraigas segundas nupcias con tu cuñado.

No me fue concedido el deseo de regresar para llevarles conmigo a mi nueva dimensión.

Se besaron otra vez…

Entonces…

—¿Tienes celos, Harrison?

Era… ¡era la voz de Colette!

La vi, entre brumas tupidas, tendiéndome su brazo esquelético de huesudos y tintineantes dedos.

—Ven…

Estiré el mío desesperadamente pretendiendo alcanzar aquellos siniestros péndulos que buscaban atraerme.

—Voy…

Wendy y Michael dejaron, de pronto, el beso apasionado que fundía sus bocas y alientos.

—¡Mitch…! —exclamó ella, con un estremecimiento—. ¿Has oído?

—Habrá sido afuera, Wendy. Alguna voz… ¿Sabes qué pasa? Estamos muy nerviosos por la presencia de él. Salgamos de aquí para seguir con nuestro plan. Hasta mañana no puedes descubrir oficialmente el cadáver.

Yo ya estaba abrazado al esqueleto espectral, que no era frío como en otras ocasiones.

Quizá, porque mi propio hielo no me permitía captar el de aquellos huesos, de los que no volvería a separarme jamás.

—Colette, Colette… ¡TE AMO!

FIN

Si le atrae lo desconocido
GALAXIA 2000
colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede ser la vida en otros mundos
GALAXIA 2000
le informará

Si su fantasía le lleva a evadirse de este siglo XX
GALAXIA 2000
le transportará al futuro

La imaginación de los grandes AUTORES puesta a su servicio en sus mejores obras,rigurosamente inéditas, que hallará en la Colección
GALAXIA 2000

¡Ya están aquí!

EL BÁRBARO ROMPE SUS CADENAS
PARA APARECER EN LOS
DOS GRANDES ÁLBUMES

CONAN™
EL DESTRUCTOR

CONAN™
EL BÁRBARO

COMICS forum

¡ATENTO A TU QUIOSCO!
¡NO TE LOS PIERDAS!

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.

NOTAS

[1] La traducción literal sería: besar. Pero popularmente y en sentido peyorativo, se aplica al hecho profundo del amor. A la cópula. (Nota del Autor). < <

[2] Construcción funeraria, total o parcialmente subterránea. En especial, se da este nombre a la cámara sepulcral construida bajo el presbiterio de una iglesia. (Nota del Autor). < <